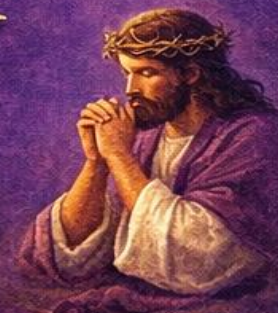




DEL GOZO A LA RENUNCIA

*el camino ante-cuaresmal
hacia el arrepentimiento y la conversión*



*“Rasgad vuestro corazón,
y no vuestros vestidos,
y convertios a Yahvé vuestro Dios;
porque misericordioso es
y clemente, tardo para la ira
y grande en misericordia,
y que se duele del castigo.”*

– Joel 2:13



DEL GOZO A LA RENUNCIA: EL CAMINO ANTE- CUARESMA HACIA EL ARREPENTIMIENTO Y LA CONVERSIÓN

POR EL OBISPO JOSÉ ANTONIO RIOS



**IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA
CARTAGENA,
20 DE ENERO DE 2026**

Contenido:

	Pág.
La estación Estación Ante-Cuaresmal, preámbulo espiritual a la Cuaresma.	5
“Llamados por Gracia, Disciplinados para la Gloria” <i>Devoción para la Domínica de Septuagésima o tercera Domínica antes de la Cuaresma.</i>	11
“La Gracia Soberana del Señor de la Viña” <i>Sermón para la Domínica de Septuagésima o tercera Domínica antes de la Cuaresma.</i>	15
“Oír para Vivir: la fecundidad de la Palabra bajo la gracia que libra” <i>Devoción para la Domínica de Sexagésima o segunda Domínica antes de la Cuaresma.</i>	23
“Oír, Guardar y Perseverar: la Palabra que da fruto para vida” <i>Sermón para la Domínica de Sexagésima o segunda Domínica antes de la Cuaresma.</i>	28
“Viendo con los ojos del amor para seguir a Cristo hacia la cruz” <i>Devoción para la Domínica de Quincuagésima o Domínica inmediata a la Cuaresma.</i>	38
“Ver para seguir: del anuncio de la cruz a la luz de la misericordia” <i>Sermón para la Domínica de Quincuagésima o Domínica inmediata a la Cuaresma.</i>	42
Epílogo litúrgico y conclusión teológica <i>Del gozo a la renuncia: la Iglesia ante el misterio pascual</i>	49

La estación Estación Ante-Cuaresmal, preámbulo espiritual a la Cuaresma

"Toda la vida del cristiano debe ser una penitencia continua; no porque vivamos sin esperanza, sino porque caminamos todavía lejos de la patria y gemimos por volver a ella" (**San Agustín de Hipona**, *Enarrationes in Psalmos*, Salmo 37 (38), sermón 6).

La Estación Ante-Cuaresmal, tal como ha sido recibida y custodiada por la tradición del **Libro de Oración Común**, constituye un tiempo litúrgico de profunda densidad espiritual, pedagógica y pastoral. No se trata de un simple umbral cronológico previo a la Cuaresma, sino de un verdadero **itinerario de transición interior**, mediante el cual la Iglesia es conducida, con sabiduría maternal, desde el gozo luminoso de la Epifanía hacia la seria contemplación del misterio de la Cruz y, finalmente, hacia la gloria de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. En este sentido, la Ante-Cuaresma representa **el primer paso de una triple intensificación espiritual** —Ante-Cuaresma, Cuaresma y Pasión— que prepara a los fieles para la festividad central del calendario cristiano: la Pascua del Señor.

El eje bíblico que ilumina este tiempo es la exhortación profética de **Joel 2:13**: *"Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos; volved al Señor vuestro Dios, porque misericordioso es y clemente"*. Este llamado, profundamente interior y radicalmente teológico, establece el tono de la estación, no una conversión superficial o meramente ritual, sino una **metanoia** auténtica, una reorientación del corazón hacia Dios. Ya los Padres de la Iglesia —como san Gregorio Magno y san Agustín— insistían en que la verdadera penitencia comienza con el reconocimiento humilde de la gracia que precede toda obra humana, y que el arrepentimiento cristiano no brota del temor servil, sino del amor herido que desea volver a su Señor. Así, la Ante-Cuaresma no inaugura todavía las disciplinas penitenciales estrictas, pero despierta en el alma el santo deseo de ser transformada.

Litúrgicamente, esta estación marca un **cambio de rumbo** respecto al tiempo de Epifanía. Si en la Epifanía Cristo se manifiesta al mundo —en el templo, el Jordán, en Caná, en la adoración de los magos—, en la Ante-Cuaresma la mirada de la Iglesia comienza a dirigirse con mayor claridad hacia Jerusalén. El Cristo glorioso y manifestado es ahora contemplado como el Señor que camina voluntariamente hacia su Pasión redentora. Este movimiento no contradice la alegría epifánica, sino que la purifica y la profundiza, recordándonos que la gloria de Cristo se revela plenamente en la obediencia del Hijo al Padre, incluso hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Fil 2:8).

Históricamente, la tradición estacional de la Ante-Cuaresma se remonta **al menos al siglo VIII**, consolidándose en la liturgia occidental como un tiempo distinto y reconocible. Comprende los **tres domingos previos al inicio de la Cuaresma**,

conocidos como **Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima**. Sus nombres latinos indican, de manera aproximada, su relación cronológica con la Pascua: setenta, sesenta y cincuenta días antes de la celebración pascual. Más allá de un cálculo exacto, estos nombres expresan una **conciencia progresiva del tiempo**, un acercamiento gradual al misterio que se avecina, en contraste con la abrupta transición que caracteriza a muchos calendarios litúrgicos contemporáneos.

En el **Leccionario Histórico**, tan apreciado por la Tradición Anglicana por su coherencia teológica y continuidad patristica, el tema central de la Ante-Cuaresma es un **llamado a la fecundidad espiritual de la Iglesia** y a una visión renovada de la obra que Cristo ha preparado para su Cuerpo. Esta fecundidad no es opcional ni secundaria, es condición necesaria para emprender con provecho el camino cuaresmal. La Iglesia, antes de ayunar y llorar, debe recordar para qué vive, para quién trabaja y de qué gracia depende.

La **Domínica de Septuagésima**, tercera antes de la Cuaresma, proclama en el Evangelio la parábola del padre de familia que envía obreros a su viña (Mt 20:1-16), un relato que introduce a la Iglesia en el misterio de la **fecundidad soberana de la gracia divina**. En esta enseñanza del Señor se revela con claridad que la iniciativa pertenece siempre a Dios, Él llama libremente, en distintas horas y circunstancias, y concede su recompensa no conforme a los cálculos humanos del mérito, sino según la abundancia de su misericordia y la liberalidad de su bondad. Así, la parábola corrige toda pretensión de justicia basada en el esfuerzo propio y dispone el corazón del creyente a reconocer que toda obra fecunda en la viña del Señor es, en última instancia, fruto de la gracia que precede, acompaña y perfecciona.

La epístola designada, **1 Corintios 9:24-27**, complementa este anuncio evangélico al exhortar a la disciplina espiritual y al dominio propio, presentando **la vida cristiana bajo la imagen de una carrera que exige constancia, vigilancia y entrega total**. El apóstol no propone una ascesis autosuficiente ni un esfuerzo orientado a la autojustificación, sino una disciplina ordenada a la fidelidad del servicio cristiano y a la proclamación del Evangelio. De este modo, la Iglesia es preparada, ya desde la Ante-Cuaresma, para comprender que las prácticas cuaresmales no constituyen un fin en sí mismas, sino **medios santos** al servicio de una vida conformada a Cristo.

Esta interpretación encuentra un eco luminoso en la enseñanza de **san Juan Crisóstomo**, quien, al comentar este pasaje paulino, afirma: *"No luchamos para recibir una corona corruptible, sino para agradar al Señor; y aun cuando todo lo hayamos hecho, confesamos que es por su gracia que vencemos"* (*Homiliae in Epistolam I ad Corinthios*, Homilía 23). Crisóstomo subraya así que la carrera cristiana no busca una gloria pasajera ni una recompensa meramente terrenal, sino la comunión con aquel que ya ha otorgado la victoria definitiva en Cristo. En esta

perspectiva, la Domínica de Septuagésima introduce a la Iglesia en una comprensión equilibrada de la vida espiritual, una obediencia diligente sostenida por la gracia, y una disciplina perseverante nacida de la gratitud, que prepara el alma para entrar con recta disposición en el camino cuaresmal.

La **Domínica de Sexagésima**, segunda antes de la Cuaresma, dirige la atención de la Iglesia hacia la **fecundidad de la Palabra de Dios** mediante la parábola del sembrador (Lc 8:4-15), en la que el Señor mismo interpreta las diversas disposiciones del corazón humano frente al anuncio del Reino. La epístola, **2 Corintios 11:19-31**, presenta las tribulaciones y padecimientos del apóstol como un testimonio elocuente de fidelidad perseverante a esa Palabra que ha sido recibida, guardada y proclamada a costa de la propia vida. En ambos textos, el acento no recae en la semilla —que es siempre buena, viva y eficaz (cf. Heb 4:12)— sino en el **terreno del corazón**, llamado a ser preparado, purificado y profundizado para que la Palabra dé fruto con paciencia.

Esta enseñanza evangélica armoniza plenamente con la **insistencia patristica en la *lectio divina***, entendida no como una lectura meramente intelectual de las Escrituras, sino como una escucha orante, obediente y transformadora de la Palabra de Dios. Para los Padres de la Iglesia, la Escritura es el lugar privilegiado del encuentro con Cristo vivo, y su lectura exige una disposición interior semejante a la buena tierra de la parábola. Orígenes, uno de los grandes maestros de la exégesis antigua, afirma, *"Las Escrituras han sido dadas por el Espíritu de Dios y solo pueden ser comprendidas plenamente por aquellos que poseen el Espíritu"* (*De Principiis*, IV, 2, 4). Con ello subraya que la fecundidad de la Palabra depende tanto de su origen divino como de la apertura espiritual del lector.

San Ambrosio de Milán, por su parte, exhorta a una recepción atenta y perseverante de la Escritura cuando enseña: *"Bebe primero el Antiguo Testamento, para saciar tu sed; luego el Nuevo, para llenarte de plenitud"* (*De Officiis Ministrorum*, I, 20, 88). Esta imagen sugiere un proceso gradual de asimilación de la Palabra, en el que el creyente se deja formar pacientemente por todo el consejo de Dios, permitiendo que la Escritura penetre en lo más profundo del alma. Del mismo modo, san Gregorio Magno insiste en la necesidad de una lectura humilde y constante, afirmando: *"La Escritura crece con quien la lee"* (*Moralia in Iob*, XX, 1). La Palabra, siendo inmutable en sí misma, se vuelve cada vez más fecunda en la medida en que el corazón del lector es purificado y ensanchado por la gracia.

En este marco, la Domínica de Sexagésima llama a la Iglesia a **examinar su disposición interior**, a discernir los espinos de las preocupaciones mundanas, la dureza del camino o la superficialidad de la fe que impiden que la Palabra dé fruto abundante. La *lectio divina*, tal como fue entendida y practicada por los Padres, se presenta así como un ejercicio esencial de preparación ante-cuaresmal, una escuela de escucha obediente, de humildad perseverante y de conversión continua. Solo

quien acoge la Palabra con un corazón atento y dócil podrá emprender con fruto el camino cuaresmal que se avecina y participar, en su debido tiempo, de la plenitud pascual.

Finalmente, la **Domínica de Quincuagésima**, inmediata al inicio de la Cuaresma, eleva la mirada de la Iglesia hacia la **fecundidad del verdadero amor y del entendimiento espiritual**, preparando el corazón para entrar conscientemente en el misterio de la Pasión del Señor. El Evangelio de **Lucas 18:31-43** anuncia de manera explícita el camino irrevocable de Jesús hacia Jerusalén, donde será entregado, padecerá la muerte y resucitará al tercer día. Sin embargo, el texto subraya con sobriedad que los discípulos aún no comprenden estas palabras, revelando que el conocimiento del misterio de Cristo no se alcanza solo por la cercanía externa al Maestro, sino por una iluminación interior que brota de la fe y del amor. La curación del ciego de Jericó, inmediatamente posterior, actúa como signo elocuente, solo quien clama con humildad y perseverancia recibe la vista verdadera para seguir a Cristo en el camino que conduce a la cruz.

La epístola designada, **1 Corintios 13:1-13**, proclama con autoridad apostólica la **primacía de la caridad** como la forma suprema del conocimiento cristiano y la medida auténtica de toda vida espiritual. El apóstol afirma que aun los dones más excelsos, las prácticas más severas y los sacrificios más heroicos carecen de valor si no están animados por el amor. Este amor no es un afecto sentimental, sino la caridad teologal que participa del mismo amor de Cristo, paciente, humilde y dispuesto a entregarse hasta el extremo. En esta luz, la Iglesia es confrontada con una verdad decisiva, sin caridad —sin amor cruciforme— toda práctica religiosa se vacía de sentido y se convierte en ruido estéril.

Esta enseñanza encuentra una formulación clásica y profundamente iluminadora en **san Agustín de Hipona**, quien declara: *«Ama y haz lo que quieras; si callas, callarás con amor; si hablas, hablarás con amor; si corriges, corregirás con amor»* (*In Epistolam Ioannis ad Parthos Tractatus*, VII, 8). Con estas palabras, el Doctor de la Gracia no relativiza la moral cristiana, sino que afirma que la **caridad es el principio interior que ordena y da verdad a toda acción**, incluida la penitencia. Para Agustín, solo el amor rectamente orientado hacia Dios permite comprender el misterio de Cristo y participar auténticamente en su obra redentora.

Así, la Domínica de Quincuagésima marca solemnemente el umbral del tiempo penitencial, anunciando que la Cuaresma está a punto de comenzar no como un ejercicio estéril de autoafirmación ascética, sino como una **participación amorosa en el camino de Cristo hacia Jerusalén**. Las disciplinas que se avecinan —ayuno, oración y limosna— solo alcanzarán su verdadera fecundidad si brotan de la caridad y conducen a ella. De este modo, la Iglesia entra en la Cuaresma no movida por el temor, sino atraída por el amor que todo lo comprende, todo lo espera y todo lo soporta, y que finalmente la conduce a la luz pascual de la Resurrección.

La Estación Ante-Cuaresmal conduce orgánicamente a la **Cuaresma o Cuadragésima**, y de allí al **Domingo de Pasión y a la Semana Santa**, la etapa más intensa y sobrecogedora de este proceso preparatorio. Sin embargo, es preciso rechazar la noción reduccionista de que la Cuaresma sea meramente un tiempo de preparación. Ciertamente conduce a la Pascua, pero **es un tiempo en sí mismo**, centrado en la penitencia, la purificación y el arrepentimiento del pecado. Solo en sus últimas semanas se orienta explícitamente hacia la celebración pascual. Por ello, en el orden sabio del calendario tradicional, la Cuaresma **tiene derecho a un preámbulo**, a una advertencia pastoral que disponga el alma con gradualidad y profundidad.

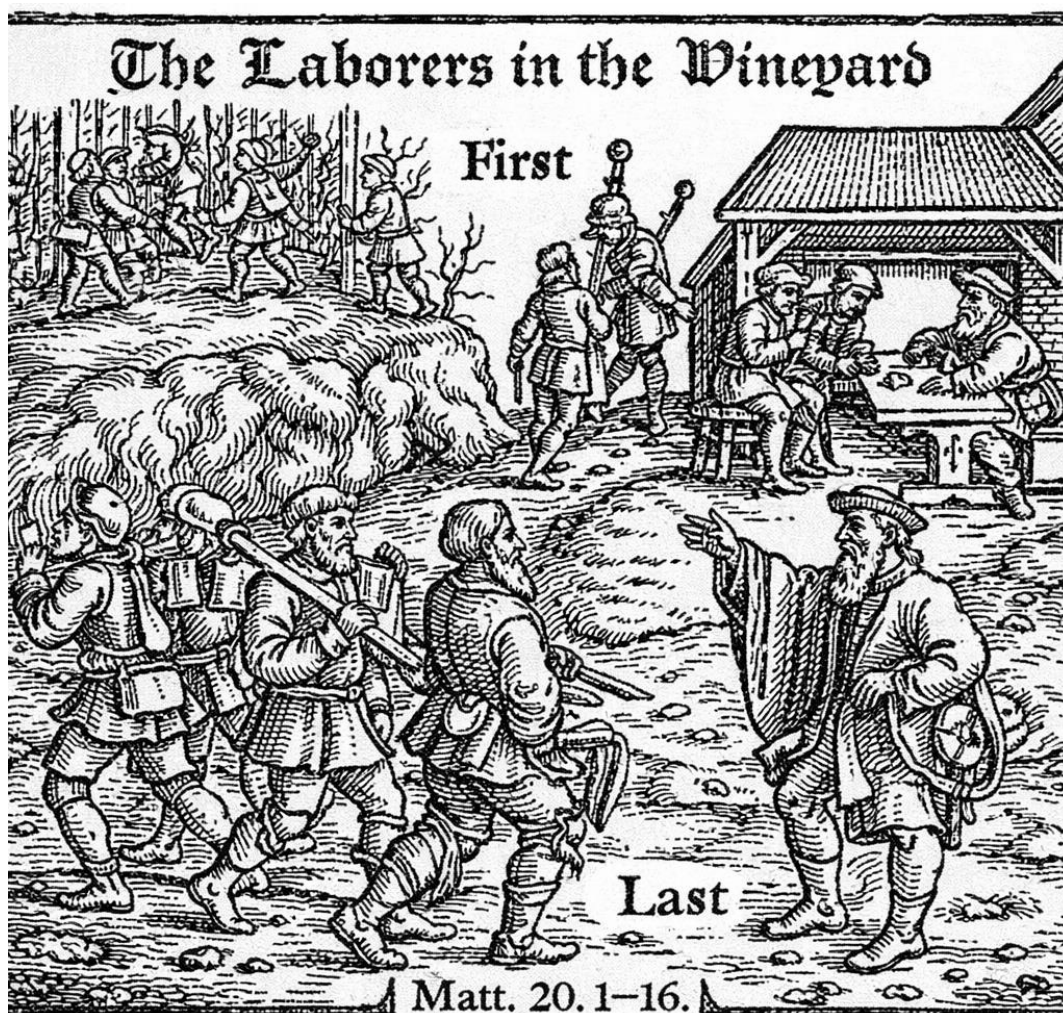
¿Por qué, entonces, esta estación ha sido abolida por los católicos romanos y por la mayoría de los anglicanos? Las razones pueden ser varias, algunos la consideraron redundante con la cuaresma; otros prefirieron prolongar el tiempo de Epifanía; otros, influidos por enfoques revisionistas, no apreciaron adecuadamente su función dentro del conjunto orgánico del año litúrgico. Sea cual fuere la causa, la Ante-Cuaresma se ha convertido en una tradición casi extinta, conservada principalmente por las Iglesias ortodoxas orientales y por aquellos anglicanos que permanecen fieles a los libros de oración tradicionales.

Recuperar esta estación no es un ejercicio de arqueología litúrgica, sino un acto de **fidelidad teológica y pastoral**. En ella, la Iglesia aprende nuevamente a pasar del gozo a la renuncia, de la manifestación a la oblación, de la escucha a la conversión del corazón. Así, guiados por la Palabra, sostenidos por la Tradición y vivificados por la gracia, somos preparados para entrar, no de manera apresurada sino consciente y reverente, en el gran misterio pascual: **Cristo muerto y resucitado por la salvación del mundo**.

De este modo, al término de la Estación Ante-Cuaresmal, la Iglesia entra en la Cuaresma con una **disposición interior rectamente orientada y espiritualmente madura**. Habiendo contemplado la **fecundidad de la gracia divina**, reconoce humildemente que toda conversión nace de la iniciativa misericordiosa de Dios y no del mérito humano; habiendo meditado la **fecundidad de la Palabra de Dios**, aprende a recibirla con un corazón dócil, perseverante y purificado, capaz de dar fruto en la obediencia de la fe; y habiendo sido instruida en la **fecundidad del verdadero amor y del entendimiento espiritual**, comprende que solo la caridad cruciforme confiere sentido y verdad a toda disciplina penitencial. Así preparada, la Iglesia no se precipita a la Cuaresma como a un tiempo de mero rigor ascético, sino que avanza con esperanza sobria y expectante, consciente de que el camino de la penitencia la conduce a la contemplación más profunda de la **Pasión, Muerte y gloriosa Resurrección de nuestro Señor Jesucristo**, en quien toda gracia es otorgada, toda Palabra se cumple y todo amor alcanza su plenitud pascual.

Estación Ante-Cuaresmal.

**Dominica de Septuagésima o tercera Dominica antes
de la Cuaresma.**



Los Obreros de la Viña

“Llamados por Gracia, Disciplinados para la Gloria”
Devoción para la Dominica de Septuagésima o tercera Dominica antes de la Cuaresma

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que llamas a tu Iglesia desde los primeros hasta los últimos, y nos conduces por caminos de disciplina y gracia hacia la gloria de tu Nombre, ilumina nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que al meditar tu santa Palabra seamos corregidos, fortalecidos y consolados, y aprendamos a correr fielmente la carrera que nos has puesto delante, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Colecta del día:

SUPPLICAMOSTE Señor, oigas benigne los ruegos de tu pueblo; para que los que justamente somos castigados por nuestras culpas, seamos por tu bondad misericordiosamente librados, para gloria de tu Nombre; mediante Jesucristo nuestro Salvador, quien siendo un solo Dios contigo y el Espíritu Santo, vive y reina, por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Dominica de Septuagésima inaugura solemnemente el tiempo ante-cuaresmal, introduciendo a la Iglesia en una pedagogía espiritual que une humillación, disciplina y esperanza, recordándole que todo pecado en la vida del creyente conlleva una **disciplina paternal y correctiva** de parte de Dios. La Colecta del día establece este tono con sobria honestidad bíblica, reconoce que el castigo por el pecado es justo (cf. Lm 3:39; Sal 38), pero confiesa al mismo tiempo que dicha disciplina no brota de un juicio implacable, sino del amor fiel de un Padre que busca restaurar a sus hijos. Tal como enseña la Escritura, **“al que ama, el Señor disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”** (Heb 12:6-7), dejando claro que la corrección divina no tiene como fin la destrucción, sino la formación, la purificación del corazón y la participación en su santidad. Por ello, la disciplina de Dios está siempre acompañada de misericordia y esperanza, pues nace de su bondad y conduce a la vida. Aquí resuena con fuerza la enseñanza constante del Antiguo Testamento: **“Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos... porque misericordioso es”** (Joel 2:13), texto que orienta todo el itinerario penitencial que se avecina, invitando a la Iglesia a recibir la corrección divina no con temor servil, sino con confianza filial en aquel que hiere para sanar y humilla para levantar.

Esta súplica encuentra su desarrollo apostólico pleno en la Epístola (1 Co 9:24-27), donde san Pablo presenta la vida cristiana bajo la imagen de una **carrera exigente**, que reclama autodomínio, disciplina y perseverancia constante. La relación con la Colecta es profunda y orgánica, así como la Iglesia implora ser librada

misericordiosamente del justo castigo por el pecado, el Apóstol muestra que esa liberación se vive concretamente en una existencia ordenada, vigilante y sometida al señorío de Cristo. El creyente no corre para obtener el favor divino —pues este ya le ha sido concedido gratuitamente en Cristo—, sino para no vivir de manera inconsecuente con la gracia recibida, disciplinando el cuerpo y los afectos para que el pecado no vuelva a ejercer dominio (cf. Rom 6:12).

Esta tensión fecunda entre **justificación por la sola fe** y **mortificación del pecado** constituye un eje central de la enseñanza anglicana. El **Artículo XI de los Treinta y Nueve Artículos** afirma que somos justificados únicamente por la fe, sin obras merecedoras; sin embargo, esta fe nunca permanece estéril, sino que produce necesariamente una vida de arrepentimiento continuo, obediencia agradecida y combate espiritual contra el pecado. La disciplina cristiana, por tanto, no es un intento de comprar la salvación, sino la respuesta obediente del que ha sido ya reconciliado con Dios. Como enseña el Segundo Libro de Homilías, la verdadera fe “obra por amor” y se manifiesta en una vida transformada por el Espíritu.

San Juan Crisóstomo ilumina magistralmente esta enseñanza al comentar el pasaje paulino: “**Pablo no dice estas cosas como quien teme perder la corona, sino como quien teme hacerse indigno de ella; pues la corona es don, pero exige que no la despreciemos por negligencia**” (*Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios*, Homilía XXIII). Con esta afirmación, el santo Padre subraya que el ejercicio ascético del cristiano no niega la gratuidad de la gracia, sino que la honra y la custodia. Así, la súplica de la Colecta y la exhortación apostólica convergen en una misma verdad pastoral, **el Dios que disciplina con justicia es el mismo que libera con misericordia, y nos llama a correr fielmente la carrera no para alcanzar su amor, sino porque ya hemos sido alcanzados por él en Jesucristo.**

El Evangelio (Mt 20:1-16) completa y sella esta enseñanza al manifestar con claridad la **fecundidad absolutamente gratuita de la gracia divina** en la parábola de los obreros de la viña. El Señor de la viña llama soberanamente a sus trabajadores en distintos momentos del día y concede la recompensa no conforme a una estricta aritmética del esfuerzo humano, sino según la abundancia de su propia bondad. De este modo, el Evangelio desmonta toda pretensión de justicia basada en el mérito, el tiempo o la comparación con otros, y **revela que la economía del Reino se rige por la misericordia y la liberalidad de Dios.** En este sentido, la célebre afirmación de san Agustín —“Dios corona sus propios dones cuando corona nuestros méritos” (*Epístola* 194)— no minimiza la realidad del obrar humano, sino que lo sitúa correctamente, aun aquello que Dios recompensa en nosotros es, en última instancia, fruto de su gracia. El mérito del creyente no es autónomo, sino derivado; no nace de sí mismo, sino de la obra previa de Dios en él, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Aquí se hace evidente el punto de convergencia entre la **Colecta, la Epístola y el Evangelio**. La Colecta confiesa que el castigo por el pecado es justo, pero implora la liberación que solo la misericordia divina puede otorgar; la Epístola exhorta a una vida disciplinada y perseverante, no para adquirir la gracia, sino para vivir conforme a ella; y el Evangelio revela que tanto el llamado como la recompensa proceden exclusivamente de la bondad del Señor. Así, la Iglesia es instruida a vivir enteramente de la misericordia de Dios, a ser formada interiormente por la disciplina del Espíritu Santo y a ser enviada a trabajar fielmente en la viña del Señor no como jornaleros que negocian su salario, sino como hijos agradecidos que responden al amor recibido. Esta convergencia prepara el corazón eclesial para el camino cuaresmal, **enseñándole que toda obediencia cristiana nace de la gracia, se sostiene en la gracia y finalmente retorna a la gloria de Dios, de quien proceden todos los dones.**

Lectura orante de la Palabra:

Al escuchar la exhortación paulina, la Iglesia, reunida en oración y sostenida por la Palabra, es llamada a contemplar su vocación como **pueblo peregrino y militante**, que camina en medio del desierto de este mundo bajo la guía fiel del Señor. Así como Israel fue conducido y disciplinado por Dios para aprender a vivir de toda palabra que sale de su boca (cf. Dt 8:2-3), también la Iglesia es formada por la gracia para depender no de sus propias fuerzas, sino del don constante que viene de lo alto. Por ello, el Apóstol nos exhorta con ternura y firmeza: *«Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús»* (2 Tim 2:1), recordándonos que toda perseverancia cristiana nace de la comunión viva con Él. La carrera de la fe exige vigilancia del corazón, dominio santo de los afectos y constancia humilde en la gracia recibida, no como quienes confían en su propio vigor, sino como aquellos que, fortalecidos interiormente por Cristo, avanzan con esperanza obediente hacia la plenitud de la promesa, sostenidos por la fidelidad del Dios que llama, disciplina y conduce a su pueblo hasta el descanso eterno.

En la parábola del Evangelio, la Iglesia reconoce con reverencia que todo su servicio nace de la **iniciativa soberana de Dios** y se sostiene exclusivamente en la **generosidad gratuita del Señor de la viña**, cuya bondad desborda toda medida humana. El dueño sale repetidas veces a llamar obreros, no porque la viña lo necesite, sino porque su corazón es amplio y desea dar trabajo, dignidad y sustento incluso a los que permanecen ociosos hasta la última hora. Esta imagen evoca profundamente el testimonio del Antiguo Testamento, donde el Señor se revela como aquel que provee con largueza a su pueblo, el Dios que da el maná cada día en el desierto (Ex 16), que paga al jornalero antes de la puesta del sol (Dt 24:15) y que se declara a sí mismo “misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia” (Sal 103:8). Ante tal generosidad divina, no hay lugar para la envidia ni para la presunción, pues todo —el llamado, la fuerza para trabajar y la

recompensa— es don. Esta enseñanza prepara el corazón de la Iglesia para entrar en la Cuaresma **no como un tiempo de auto-justificación ni de comparación estéril, sino como un retorno confiado a la misericordia del Padre**, que llama incluso al final del día y concede lo necesario para la vida. Así, la Iglesia aprende a trabajar con diligencia en obediencia humilde y, al mismo tiempo, a descansar con paz en la gracia abundante del Dios que da más de lo esperado y nunca menos de lo necesario.

Preguntas para la reflexión:

1. **Desde la Colecta:**

¿Reconozco con humildad mi necesidad de la misericordia de Dios y confío en su liberación más que en mis propios esfuerzos?

2. **Desde la Epístola:**

¿Qué disciplinas espirituales debo asumir o renovar para correr fielmente la carrera cristiana sin despreciar la gracia recibida?

3. **Desde el Evangelio:**

¿Sirvo al Señor con gratitud por su llamado o con resentimiento al compararme con otros?

Aplicaciones prácticas:

1. **De la Colecta:**

Practicar una confesión sincera y regular, reconociendo el pecado sin desesperación y abrazando la misericordia divina.

2. **De la Epístola:**

Ordenar la vida espiritual mediante la oración diaria, la lectura bíblica y la moderación, como preparación consciente para la Cuaresma.

3. **Del Evangelio:**

Servir en la Iglesia y al prójimo con espíritu agradecido, recordando que todo llamado es gracia y todo fruto pertenece a Dios.

Oración final:

Oh Señor Jesucristo, Dueño misericordioso de la viña y corona incorruptible de los fieles, concédenos entrar en este tiempo ante-cuaresmal con corazones humildes, voluntades disciplinadas y una fe firmemente arraigada en tu gracia. Líbranos de la presunción y del desaliento, enséñanos a trabajar fielmente mientras es día, y prepáranos, por tu Espíritu, para recorrer el camino de la cruz hasta la gloria de tu santa Resurrección, a quien sea el honor y la alabanza, ahora y por los siglos de los siglos. **Amén.**

"La Gracia Soberana del Señor de la Viña"
Sermón para la Dominica de Septuagésima o tercera Dominica antes de
la Cuaresma
Estación Ante-Cuaresmal

"Dios es bueno y justo, y concede a todos según su propia liberalidad, no según la medida humana". San Ireneo de Lyon, Adversus Haereses, IV, 39, 3 (PG 7, col. 1096).

"Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. ²Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. ³Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; ⁴y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. ⁵Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. ⁶Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? ⁷Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. ⁸Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. ⁹Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. ¹⁰Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. ¹¹Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, ¹²diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. ¹³Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? ¹⁴Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¹⁵¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? ¹⁶Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos" (Mateo. 20:1-16).

Introducción:

La Dominica de Septuagésima introduce a la Iglesia en el umbral del tiempo ante-cuaresmal, un tiempo de transición espiritual en el que el gozo epifánico comienza a dar paso a la renuncia consciente y al examen del corazón. El Evangelio designado para este día, Mateo 20:1-16, nos confronta con una de las enseñanzas más desafiantes del Señor: la absoluta gratuidad de la gracia divina y la inversión radical de los criterios humanos de justicia. En esta parábola, Cristo revela el carácter del Reino de los cielos mediante la figura del Señor de la viña, cuya generosidad desborda toda lógica de mérito, cálculo y comparación.

Esta enseñanza no surge en el vacío, sino que se halla profundamente arraigada en el testimonio del Antiguo Testamento, donde Dios se revela como el Señor soberano

que elige libremente, llama misericordiosamente y recompensa conforme a su fidelidad al pacto, no según la dignidad del hombre (cf. Dt 7:7–8; Is 55:8–9). En el marco ante-cuaresmal, la Iglesia es llamada a escuchar esta parábola como una purificación del corazón, preparándose para entrar en la Cuaresma no con presunción espiritual, sino con humilde gratitud.

1. El llamado soberano del Señor de la viña (Mt 20:1–7). “Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. ² Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. ³ Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; ⁴ y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. ⁵ Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. ⁶ Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? ⁷ Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo”.

La parábola se abre con una imagen profundamente arraigada en la revelación bíblica, el **Señor de la viña**, figura de Dios mismo, que sale activamente al encuentro de quienes habrán de trabajar en su campo. En el Antiguo Testamento, la viña es un símbolo recurrente del pueblo de Dios, plantado, cuidado y protegido por iniciativa divina (cf. Is 5:1–7; Sal 80:8–16). Al comenzar la narración, Jesús no presenta a un Dios distante o pasivo, sino a un Padre de familia que **sale** deliberadamente, desde la mañana hasta la última hora del día, manifestando así una soberanía que no se expresa en arbitrariedad, sino en misericordia diligente y persistente. En el contexto de la Estación Ante-Cuaresmal, esta imagen introduce a la Iglesia en una comprensión más profunda del obrar de la gracia, **antes de cualquier respuesta humana, antes de todo esfuerzo o disciplina, está el movimiento amoroso de Dios que llama, convoca y envía**. El Reino de los cielos no comienza con la iniciativa del hombre que busca a Dios, sino con el Dios que, fiel a su promesa, busca al hombre para incorporarlo a su obra redentora.

1.1. La iniciativa divina en el llamado

El énfasis del texto recae claramente en la **iniciativa constante y reiterada del Señor de la viña**, quien sale una y otra vez a lo largo del día para llamar obreros a su servicio. La diligencia no se atribuye a los trabajadores, sino al dueño, cuya acción soberana desbarata toda concepción del Reino basada en el mérito o en la autosuficiencia humana. Este patrón responde a la lógica salvífica revelada desde el Antiguo Testamento, Dios llamó a Abraham cuando aún habitaba en Ur, sin mérito previo ni búsqueda consciente (Gn 12:1–3); descendió para librar a Israel cuando gemía bajo la opresión, no por su justicia, sino por fidelidad a su pacto (Ex 3:7–8; Dt 7:7–8); y envió profetas de manera perseverante, “madrugando y enviándolos”, aun cuando el pueblo se resistía a escuchar (Jer 7:25; 2 Cr 36:15). Así, la iniciativa

divina no es episódica, sino paciente y misericordiosa, adaptada a la fragilidad del hombre. En la parábola, incluso aquellos que permanecen desocupados hasta la hora undécima no son excluidos, sino llamados con la misma dignidad al trabajo en la viña. Esta verdad proclama con claridad que el llamado al servicio en el Reino nace siempre de la **gracia proveniente de Dios**, que antecede, sostiene y orienta toda respuesta humana, preparando a la Iglesia para entrar en la Cuaresma con humildad, gratitud y disponibilidad obediente ante la voz del Señor que sigue saliendo a buscar obreros para su viña.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que mi lugar en la viña del Señor es fruto de su llamado soberano y no de mi iniciativa? ¿Valoro el hecho de que Dios me ha dado un lugar para trabajar en su viña?

Aplicación práctica:

Responder al llamado de Dios con humildad, recordando que todo servicio cristiano comienza con la gracia y no con la autosuficiencia.

1.2. La paciencia misericordiosa del Señor

La reiterada salida del Señor de la viña, incluso hasta la hora undécima, revela con particular claridad la **paciencia misericordiosa de Dios**, que no se agota ni se impacienta ante la tardanza o la indecisión humana. El dueño no fija un límite anticipado para su llamado, ni cierra la viña antes de que el día concluya; por el contrario, su acción manifiesta un deseo persistente de incorporar a todos a la obra, aun a aquellos que han permanecido ociosos no por rebeldía, sino por abandono y falta de oportunidad. Esta disposición refleja fielmente el corazón de Dios tal como es revelado en el Antiguo Testamento, **"No quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y viva"** (Ez 33:11), y nuevamente, **"tardo para la ira y grande en misericordia"** (Sal 103:8). La historia de Israel está marcada por esta paciencia divina, visible en la continua renovación del pacto tras la infidelidad del pueblo (Neh 9:16–21) y en la prolongada espera de Dios antes del juicio, siempre acompañada de un llamado al arrepentimiento (Os 11:8–9). En la parábola, la viña permanece abierta hasta el final del día, proclamando que mientras dura el tiempo concedido por Dios, la gracia sigue llamando y ofreciendo lugar en su obra. En el marco de la Estación Ante-Cuaresmal, esta verdad despierta una esperanza sobria y consoladora, **el camino penitencial que se aproxima no se funda en el temor a un Dios iracundo, sino en la confianza en un Padre paciente, que sigue saliendo al encuentro del pecador para restaurarlo, incorporarlo y hacerlo partícipe de la vida que procede de Él.**

Pregunta escudriñadora: ¿He limitado la misericordia de Dios según mis propios esquemas de tiempo y oportunidad? ¿Mantengo la idea presuntuosa y altiva de que sin mi cooperación no soy digno de misericordia?

Aplicación práctica:

Vivir este tiempo como una invitación renovada a la conversión, sin desesperar por el pasado ni postergar la obediencia presente.

2. La recompensa según la bondad de Dios (Mt 20:8–12). ⁸ Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. ⁹ Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. ¹⁰ Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. ¹¹ Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, ¹² diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día”.

Al caer la noche, cuando la jornada ha concluido y el trabajo ha sido realizado, la escena de la parábola se desplaza del llamado al **acto soberano de la recompensa**. El Señor de la viña ordena que el pago sea entregado comenzando por los últimos, invirtiendo deliberadamente el orden esperado y exponiendo así el corazón de quienes han trabajado desde temprano. Este gesto no es accidental ni administrativo, sino profundamente teológico, en él se revela que el Reino de los cielos no se rige por los criterios humanos de proporcionalidad o cálculo, sino por la **bondad libre y generosa de Dios**. En la Escritura, el momento del “**atardecer**” suele asociarse con el juicio, la rendición de cuentas y la manifestación de la justicia divina (cf. Sal 104:23; Dt 24:15). Aquí, sin embargo, esa justicia se muestra inseparable de la misericordia. En el marco ante-cuaresmal, esta escena confronta a la Iglesia con una verdad esencial, el servicio fiel no otorga derechos sobre Dios, sino que se sostiene enteramente en su benevolencia, que da a cada uno no según lo trabajado, sino según lo que Él, en su sabiduría, considera justo y suficiente para la vida.

2.1. La igualdad escandalosa de la recompensa.

El otorgamiento de un mismo denario a todos los obreros, independientemente del tiempo trabajado, provoca un escándalo que desnuda la lógica caída del corazón humano, inclinado a medir la justicia en términos de comparación y ventaja. Sin embargo, el denario no simboliza un salario extraordinario, sino **lo necesario para la subsistencia diaria**, imagen elocuente de la provisión fiel de Dios. Esta escena encuentra un claro paralelo en el Antiguo Testamento, particularmente en el don del maná en el desierto, donde cada uno recogía “**según lo que podía comer**”, y “**ni al que recogió mucho le sobró, ni al que recogió poco le faltó**” (Ex 16:18). Así, Dios enseñó a Israel que la vida depende de su palabra y de su fidelidad diaria, no del esfuerzo acumulado ni de la previsión humana (Dt 8:3). Del mismo modo, en el Reino de los cielos la recompensa no responde a la aritmética del mérito, sino a la **suficiencia de la gracia**, que otorga a todos los llamados lo necesario para vivir delante de Dios. Esta igualdad no niega la diversidad de vocaciones ni de servicios,

sino que afirma que la salvación y la vida en comunión con Dios son dones indivisibles, recibidos con gratitud y no calculados con pretensión.

Pregunta escudriñadora:

¿Mido mi vida cristiana comparándome con otros en lugar de confiar en la bondad de Dios? ¿Entiendo que Dios me da la provisión diaria supliendo en su sabiduría perfecta lo que en realidad necesito?

Aplicación práctica:

Cultivar un espíritu de gratitud por la provisión divina, evitando la comparación que conduce a la queja.

2.2. El peligro de la murmuración

La reacción de los primeros obreros —la murmuración contra el padre de familia— evoca con fuerza la experiencia de Israel en el desierto, donde la queja constante reveló un corazón endurecido por el olvido de la gracia recibida (Nm 14:2–4; Ex 16:7–8). La murmuración no nace de la injusticia real, sino de la comparación orgullosa y de la transformación del don entregado gratuitamente en derecho exigible. Quienes habían sido llamados primero olvidan que también ellos fueron invitados por pura gracia y que el acuerdo inicial había sido justo. Este pecado, recurrente en la historia bíblica, consiste en perder de vista la fidelidad pasada de Dios y reducir el servicio a una transacción. En este punto, la parábola se convierte en una severa advertencia ante-cuaresmal, el camino hacia la conversión comienza cuando la Iglesia aprende a **callar la queja y a recuperar la memoria agradecida** de la misericordia divina. La disciplina espiritual que se avecina no busca alimentar el resentimiento ni la autosuficiencia, sino purificar el corazón para que el servicio sea ofrecido en adoración humilde, reconociendo que todo lo recibido —el llamado, el trabajo y la recompensa— procede de la bondad del Señor de la viña.

Pregunta escudriñadora:

¿Mi servicio a Dios ha sido contaminado por expectativas de reconocimiento o recompensa? ¿Trabajo y sirvo en función de una remuneración?

Aplicación práctica:

Examinar el corazón y purificar las motivaciones del servicio cristiano, ofreciendo todo como sacrificio de gratitud.

3. La soberanía misericordiosa del Señor (Mt 20:13–16). ¹³ Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? ¹⁴ Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¹⁵ ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú

envidia, porque yo soy bueno? ¹⁶ Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”.

En la sección final de la parábola, el Señor de la viña toma la palabra para revelar con plena claridad el **fundamento último de su obrar: su soberanía absoluta, ejercida siempre conforme a su bondad**. Frente a la murmuración, el dueño no se defiende con evasivas ni modifica su proceder, sino que afirma serenamente la rectitud de su acción y la libertad con la que dispone de lo que le pertenece. Esta escena conduce a la Iglesia al corazón mismo de la revelación bíblica, donde la soberanía de Dios no se opone a su justicia, ni su libertad a su fidelidad, sino que ambas encuentran su plena expresión en la misericordia. En el Antiguo Testamento, el Señor se da a conocer como el Dios que actúa conforme a su propio Nombre, **“misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia”** (Ex 34:6), y que no se somete a los criterios humanos de retribución. En el marco de la Estación Ante-Cuaresmal, esta palabra confronta a la Iglesia con una verdad decisiva, el camino hacia la Pascua comienza cuando se abandona toda pretensión de controlar la gracia y se aprende a descansar en la soberanía buena y santa de Dios.

3.1. La justicia que nace de la bondad.

El Señor declara con firmeza: **“Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario?”** (Mt 20:13). Su justicia es irreproachable, pues cumple exactamente lo prometido. Sin embargo, la parábola va más allá de una justicia meramente contractual y revela una justicia **impregnada de misericordia**, que brota de la bondad intrínseca de Dios. Esta verdad encuentra un eco profundo en la revelación veterotestamentaria, cuando el Señor proclama, **“Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”** (Ex 33:19). La justicia divina no está limitada por la lógica del intercambio, sino que se despliega conforme a la libertad soberana del Dios que es bueno en sí mismo. Así como Dios fue justo y misericordioso al perdonar a Israel tras su infidelidad (Neh 9:31), también aquí su obrar no disminuye a unos para exaltar a otros, sino que manifiesta la plenitud de su gracia. La Iglesia aprende, de este modo, que la justicia de Dios no es fría ni distante, sino vivificante, orientada siempre a restaurar y sostener la vida de quienes Él ha llamado.

Pregunta escudriñadora:

¿Confío en la justicia de Dios aun cuando desafía mis expectativas?

Aplicación práctica:

Aprender a descansar en la soberanía de Dios, especialmente cuando su obrar descoloca nuestra comprensión humana.

3.2. “Los últimos serán primeros”.

La sentencia final del Señor —“los primeros serán postreros, y los postreros, primeros” (Mt 20:16)— no constituye una inversión caprichosa del orden, ni una exaltación de la negligencia, ni una desvalorización de la fidelidad perseverante. Se trata, más bien, de una palabra profética que **humilla todo orgullo espiritual** y desmantela la tentación constante de convertir el servicio en título de superioridad. Esta enseñanza atraviesa toda la Escritura, el Señor elige al menor sobre el mayor (Gn 25:23), exalta al humilde y abate al soberbio (1 S 2:7–8), y recuerda a Israel que no fue escogido por su grandeza, sino por puro amor (Dt 7:7–8). En el contexto ante-cuaresmal, esta declaración resuena como un llamado urgente a la **renuncia interior**, renuncia al mérito acumulado, al control del resultado y a la autojustificación religiosa. Solo un corazón despojado de estas pretensiones puede disponerse correctamente para contemplar la cruz de Cristo, donde la soberanía de Dios se manifiesta en la forma suprema de la misericordia, **y donde el último —el Crucificado— es exaltado como Señor de todos.**

Pregunta escudriñadora:

¿Estoy dispuesto a ser contado entre los últimos para que Dios sea glorificado como el Primero?

Aplicación práctica:

Practicar la humildad evangélica, recordando que el Reino pertenece a los pobres de espíritu.

Conclusión:

La parábola de los obreros de la viña conduce a la Iglesia, en la Domínica de Septuagésima, desde el gozo reverente de haber sido llamada por pura gracia hasta la renuncia interior de toda pretensión de mérito o superioridad espiritual. A lo largo del relato, el Señor de la viña se revela como aquel que toma siempre la iniciativa, que sale incansablemente al encuentro del hombre, que llama aun a la última hora y que sostiene su obra no sobre la base del cálculo humano, sino sobre la abundancia de su bondad. Así, la Iglesia reconoce que su vocación no nace de su diligencia, sino del amor preveniente de Dios; que su perseverancia es fruto de la paciencia misericordiosa del Señor; y que su esperanza descansa no en la proporción del trabajo realizado, sino en la fidelidad del Dios que cumple lo prometido y da más de lo esperado.

Al contemplar la **igualdad escandalosa de la recompensa**, el corazón es purificado de la lógica del mérito y de la murmuración, aprendiendo de nuevo que el denario del Reino —la vida en comunión con Dios— es don suficiente y pleno, concedido según la sabiduría divina y no según la comparación entre hermanos. La justicia del Señor, lejos de ser arbitraria, se manifiesta como una justicia que nace

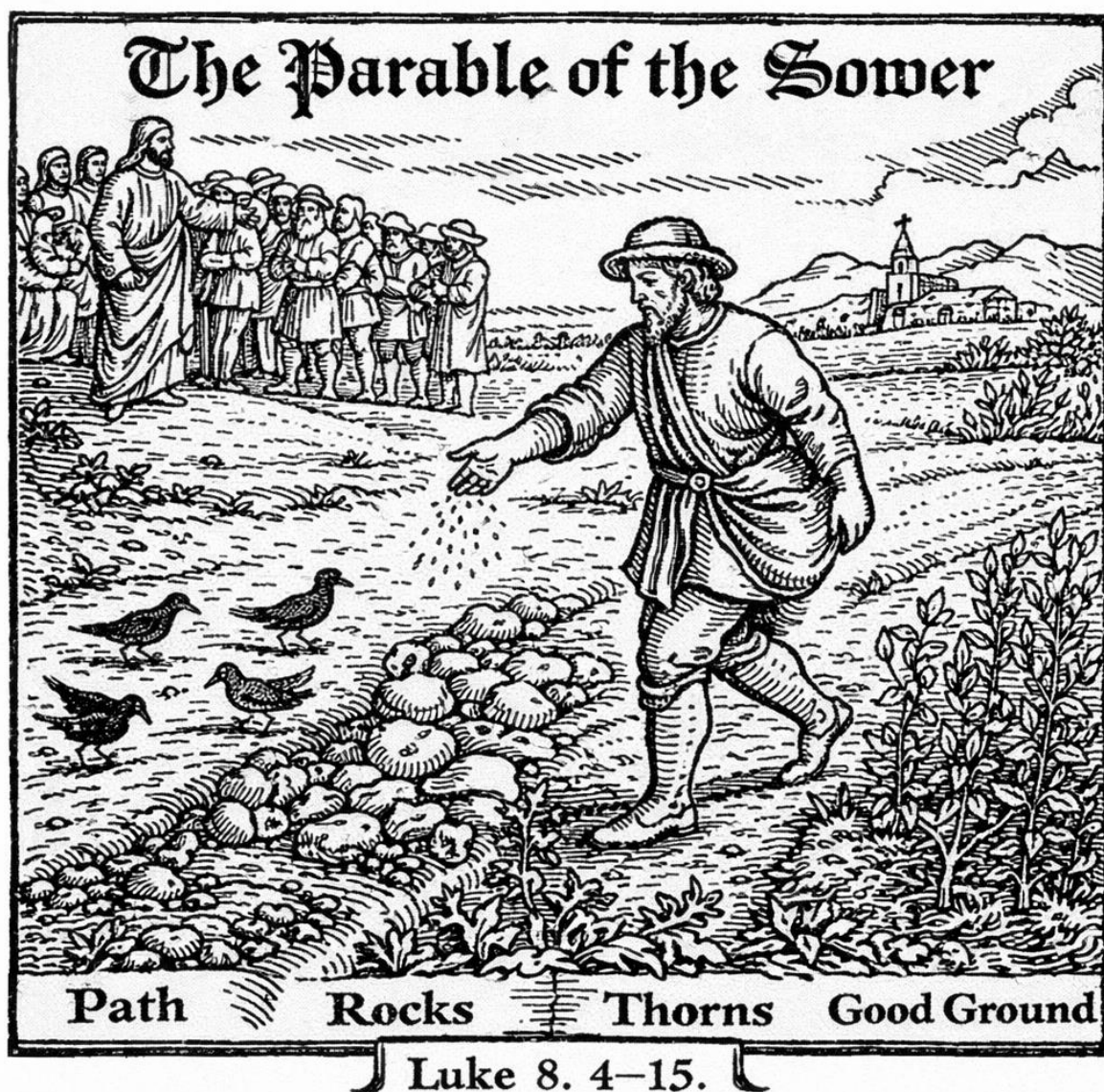
de la bondad, una soberanía que no oprime, sino que libera, y que humilla el orgullo para restaurar al pecador. La palabra final —**“los primeros serán postreros, y los postreros, primeros”**— resuena como una llamada solemne a la renuncia interior, renuncia al control, a la autojustificación y a toda forma de envidia espiritual.

En el umbral de la Cuaresma, esta enseñanza dispone a la Iglesia a entrar en el tiempo penitencial con un espíritu rectamente orientado. Llamada por gracia, formada por la disciplina del Espíritu y sostenida por la misericordia del Padre, la comunidad cristiana aprende a trabajar fielmente en la viña mientras es de día, no para ganar el favor de Dios, sino porque ya vive de Él. Así preparada, la Iglesia camina hacia la cruz con humildad y esperanza, sabiendo que el Señor de la viña, que llama, corrige y recompensa, es bueno, justo y abundantemente misericordioso, y que su gracia conduce infaliblemente a la gloria de la resurrección.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.

**Domínica de Sexagésima, o segunda Domínica antes
de la Cuaresma.**



La Parábola del Sembrador.

"Oír para Vivir: la fecundidad de la Palabra bajo la gracia que libra"
Devoción para la Dominica de Sexagésima o segunda Dominica antes de la Cuaresma.

Oración inicial:

Dios eterno y misericordioso, que hablas a tu pueblo desde antiguo y sigues sembrando tu Palabra en los corazones, abre nuestros oídos para escuchar con fe, purifica nuestra voluntad para obedecer con humildad y fortalece nuestra esperanza para perseverar en medio de la prueba; para que, librados por tu poder, demos fruto abundante para la gloria de tu Nombre; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

SEÑOR Dios, que conoces que no podemos confiar en nada de lo que hacemos; Otorga misericordiosamente, que seamos por tu poder librados de toda adversidad; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Dominica de Sexagésima confiesa, con sobria y penetrante claridad bíblica, la **incapacidad radical del ser humano para confiar en nada de lo que hace**, reconociendo que, a causa del pecado, incluso las mejores obras quedan privadas de verdadera seguridad si no son sostenidas por la gracia de Dios. Esta súplica se enraíza profundamente en la tradición del Antiguo Testamento, donde el pueblo de Dios aprende —frecuentemente a través de la prueba, el fracaso y la disciplina— que **"maldito el hombre que confía en el hombre"** (Jer 17:5), pero **"bendito el hombre que confía en el Señor, y cuya confianza es el Señor"** (Jer 17:7). No se trata de una negación de la responsabilidad moral ni del llamado a la obediencia, sino del reconocimiento humilde de que toda firmeza espiritual y toda liberación verdadera proceden únicamente del poder salvador de Dios. Esta confesión halla su formulación doctrinal en el **Artículo X de los Treinta y Nueve Artículos**, que enseña que "la condición del hombre después de la caída de Adán es tal, que no puede volverse ni prepararse por su propia fuerza natural y buenas obras para la fe y la invocación de Dios", y que, por tanto, "no tenemos poder para hacer buenas obras agradables y aceptables a Dios, sin la gracia de Dios por Cristo, que nos previene para que tengamos buena voluntad, y coopera con nosotros cuando tenemos esa buena voluntad". Así, la Colecta orienta a la Iglesia a una dependencia confiada y reverente, afirmando que la gracia divina no anula la acción humana, sino que la precede, la sostiene y la dirige, librándonos de la ilusión de autosuficiencia y conduciéndonos a descansar únicamente en la misericordia de Dios manifestada en Jesucristo.

Esta confesión halla un desarrollo particularmente elocuente en la Epístola (2 Co 11:19-31), donde san Pablo presenta su ministerio no como una demostración de éxito humano, prestigio o autosuficiencia, sino como una larga sucesión de sufrimientos, peligros y humillaciones asumidas por fidelidad al Evangelio de Cristo. El apóstol enumera azotes, cárceles, naufragios y persecuciones no para suscitar compasión ni para reivindicar mérito alguno, sino para manifestar que su autoridad apostólica descansa exclusivamente en la gracia que lo sostiene en la debilidad. En esta perspectiva, Pablo se gloria no en su fortaleza, sino en su fragilidad, porque precisamente allí se revela el poder de Dios que libra y preserva (cf. 2 Co 12:9). Así se cumple el patrón veterotestamentario del siervo fiel, probado y purificado por el camino del sufrimiento, como Israel en el desierto, conducido por Dios a la humillación **“para saber lo que había en su corazón”** y aprender a depender únicamente de Él (Dt 8:2). Esta comprensión es reafirmada por la enseñanza anglicana clásica, cuando en el *Second Book of Homilies*, en la *Homily of the Passion*, exhorta a los fieles a contemplar cómo Cristo “no alcanzó la gloria sino por el camino del padecimiento”, y a reconocer que la verdadera fe se manifiesta no en la prosperidad exterior ni en la ausencia de pruebas, sino en una perseverancia humilde y obediente bajo la cruz. De este modo, la experiencia apostólica de Pablo se convierte en norma espiritual para la Iglesia, la adversidad no contradice la obra de Dios, sino que, asumida con fe, se convierte en el medio por el cual el creyente es librado de la autosuficiencia y conformado más plenamente a Cristo crucificado.

El Evangelio (Lc 8:4-15) completa y sella esta enseñanza al revelar que la fecundidad de la vida cristiana depende de la **recepción obediente y perseverante de la Palabra de Dios**, pero subrayando implícitamente que tal recepción es, en sí misma, fruto de la gracia divina que prepara el corazón. La semilla es siempre buena y poderosa, como la palabra creadora por la cual Dios dio existencia y forma al mundo (Gn 1) y como la palabra viva de la Ley dada a Israel para ser guardada en el corazón y transmitida con fidelidad (Dt 6:6-9). La diferencia entre los terrenos no radica en la calidad de la semilla, sino en la condición del suelo; sin embargo, la buena tierra no lo es por mérito propio, sino porque ha sido **trabajada, ablandada y dispuesta por Dios**, quien promete quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne (Ez 36:26). Así, el endurecimiento, la dispersión o el ahogo del corazón humano revelan la necesidad de una obra previa y continua de la gracia. En este punto convergen armónicamente la Colecta, la Epístola y el Evangelio: **la Colecta confiesa nuestra incapacidad para confiar en nuestras obras y suplica ser librados por el poder de Dios; la Epístola muestra cómo ese poder se manifiesta sosteniendo al creyente en la debilidad y en la prueba; y el Evangelio proclama que solo ese mismo poder misericordioso puede librarnos tanto de la adversidad exterior como de la esterilidad interior, haciéndonos tierra buena que oye la Palabra, la guarda con paciencia y da fruto abundante para la gloria de Dios.**

Lectura orante de la Palabra

Al escuchar la parábola del sembrador, la Iglesia es llamada a situarse humildemente entre los oyentes, reconociendo que no todo oír es escuchar, ni toda escucha es obediencia. Como enseña san Agustín, "la Palabra crece con quien la escucha" (*Sermón 73*), pero solo cuando el corazón es dispuesto por la gracia. El camino endurecido recuerda a Israel cuando cerró su oído en el desierto (Sal 95:8); el terreno pedregoso evoca la inconstancia del pueblo ante la prueba (Os 8:7); los espinos reflejan la advertencia constante de los profetas contra la idolatría del corazón (Jer 4:3). En contraste, la buena tierra es figura del creyente que, sostenido por la gracia, oye la Palabra, la guarda y persevera en ella.

La experiencia de san Pablo ilumina esta lectura, su vida apostólica demuestra que la Palabra produce fruto aun en medio de la adversidad, no porque el mensajero sea fuerte, sino porque Dios es fiel. Así, la Iglesia aprende que la fecundidad no se mide por la ausencia de pruebas, sino por la perseverancia en la fe, tal como afirma el Artículo XII: **las buenas obras son fruto y evidencia de una fe viva, nunca su fundamento.**

Preguntas para reflexionar:

1. Desde la Colecta:

¿En qué aspectos de mi vida espiritual sigo confiando más en mis propias capacidades que en el poder misericordioso de Dios?

2. Desde la Epístola:

¿Cómo respondo a la adversidad y a la debilidad, como oportunidad para quejarme o como ocasión para depender más plenamente del Señor?

3. Desde el Evangelio:

¿Qué tipo de "terreno" está siendo hoy mi corazón frente a la Palabra de Dios?

Aplicaciones prácticas:

1. Derivada de la Colecta:

Cultivar una oración diaria de dependencia, reconociendo delante de Dios nuestra fragilidad y pidiendo ser librados por su poder, no por nuestro mérito.

2. Derivada de la Epístola:

Aprender a interpretar las pruebas como instrumentos pedagógicos de Dios, que purifican la fe y nos conforman a Cristo crucificado.

3. **Derivada del Evangelio:**

Practicar la *lectio divina* con constancia, buscando que la Palabra no solo sea oída, sino guardada, meditada y obedecida con perseverancia.

Oración final:

Señor Dios todopoderoso, confesamos que nada bueno puede florecer en nosotros si no es sembrado, sostenido y hecho crecer por tu gracia. Líbranos de la confianza en nosotros mismos, de la dureza del corazón y de la distracción del alma. Haznos tierra buena, para que tu Palabra produzca fruto con paciencia y nuestra vida glorifique tu nombre. Condúcenos, por este santo tiempo ante-cuaresmal, a una conversión profunda y a una fe perseverante, por Jesucristo nuestro Señor, a quien contigo y el Espíritu Santo sea toda honra y gloria, por los siglos de los siglos.

Amén.

"Oír, Guardar y Perseverar: la Palabra que da fruto para vida"
Sermón para la Dominica de Sexagésima o segunda Dominica antes de la
Cuaresma.
Estación Ante-Cuaresmal

⁴ Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: ⁵ El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. ⁶ Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. ⁷ Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. ⁸ Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga. ⁹ Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? ¹⁰ Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¹¹ Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. ¹² Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. ¹³ Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. ¹⁴ La que cayó entre espinos, estos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. ¹⁵ Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia" (*Lucas 8:4-15*).

"La semilla es la misma, pero no el fruto; no porque la semilla sea distinta, sino porque distintos son los corazones", (San Agustín de Hipona, Sermón 73, 3).

Introducción:

En la Dominica de Sexagésima, la Iglesia es guiada pedagógicamente por el Señor desde la humilde confesión de su fragilidad hacia una escucha más atenta, reverente y transformadora de la Palabra que da vida. La parábola del sembrador no debe entenderse como una imagen meramente didáctica ni como una exhortación moral aislada, sino como una profunda revelación del modo en que el Reino de Dios irrumpe y actúa en la historia humana, **mediante la iniciativa soberana de Dios que habla, siembra y persevera en su obrar**. En el marco ante-cuaresmal, este pasaje convoca a la Iglesia a un examen sobrio y honesto del estado de su propio corazón antes de emprender el camino penitencial, no para fomentar la ansiedad espiritual ni la autosuficiencia, sino para reconocer con fe que toda fecundidad auténtica en la vida cristiana no brota del esfuerzo humano considerado en sí mismo, sino de la acción misericordiosa de Dios, que no solo esparce la buena semilla de su Palabra, **sino que también prepara la tierra, la preserva en la prueba, la sostiene con paciencia y, a su tiempo, concede el crecimiento y el fruto abundante conforme a su gracia**.

El Evangelio de Lucas 8:4-15 nos revela que el mismo Dios que habló eficazmente en la creación, llamando a la existencia lo que no era (Gn 1), que instruyó a Israel mediante su Ley para que su Palabra habitara en el corazón y ordenara la vida del pueblo (Dt 6:6-9), y que probó y sostuvo a su pueblo en el desierto para enseñarles a depender únicamente de Él (Dt 8:2-3), **continúa hablando hoy con idéntica autoridad, fidelidad y poder vivificante por medio de su Palabra viva**. El propósito del Señor al pronunciar esta parábola no es meramente describir las diversas respuestas humanas al mensaje del Reino, sino **desenmascarar el estado real del corazón**, revelando que la recepción de la Palabra no es neutral ni automática, sino un acontecimiento espiritual que exige ser escuchado con atención, guardado con obediencia y perseverado con paciencia en medio de la prueba. Por ello, esta enseñanza se convierte al mismo tiempo en una advertencia santa contra la superficialidad, la distracción y la dureza interior, y en una promesa profundamente consoladora, **Dios no abandona su siembra, sino que obra para producir fruto en aquellos a quienes concede un corazón dispuesto**. Meditar en esta parábola resulta especialmente necesario para la Iglesia que se prepara a caminar hacia la cruz, pues antes de asumir las disciplinas cuaresmales es llamada a examinar con humildad si su vida está verdaderamente abierta a la acción transformadora de la Palabra, confiando no en su propia constancia, sino en la gracia del Señor que hace perseverar y lleva a plenitud la obra que Él mismo ha comenzado.

1. La generosidad del sembrador y la abundancia de la Palabra (Lc 8:4–8a). ⁴ Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: ⁵ El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. ⁶ Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. ⁷ Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. ⁸ Y otra parte cayó en buena tierra”.

La parábola se abre con una imagen de sobreabundancia y amplitud, el sembrador sale a sembrar sin restricción, esparciendo la semilla con liberalidad sobre diversos terrenos. El énfasis inicial del relato no recae en la diversidad de los suelos, **sino en la acción generosa de quien siembra**. Esta escena revela el corazón de Dios tal como se manifiesta a lo largo de la historia de la salvación. En el Antiguo Testamento, el Señor es presentado como aquel que no retiene su Palabra, sino que la envía con poder y fidelidad para cumplir su propósito: **“Envía su palabra a la tierra; velozmente corre su palabra”** (Sal 147:15). De igual manera, el profeta Isaías proclama que la palabra que sale de la boca de Dios no vuelve vacía, sino que realiza aquello para lo cual fue enviada (Is 55:10-11). Así, la parábola afirma que el Reino de Dios no se edifica sobre la escasez ni sobre la exclusividad, **sino sobre la generosidad divina que ofrece su Palabra a todos, aun sabiendo que no todos la recibirán con fruto inmediato**. En el tiempo ante-cuaresmal, esta verdad conduce a la Iglesia a contemplar con reverencia la paciencia misericordiosa

de Dios, que sigue sembrando en medio de la dureza, la superficialidad y la resistencia del corazón humano, anticipando el día de la conversión y la maduración espiritual.

1.1. El sembrador como figura de Dios que habla

Desde el principio, Dios se revela como el Dios que habla, y cuya Palabra es eficaz para crear, ordenar y sostener la vida: “Y dijo Dios... y fue así” (Gn 1:3). Esta Palabra creadora no solo llama a la existencia, sino que convoca al ser humano a la comunión y a la obediencia. A lo largo de la historia de Israel, el Señor continúa sembrando su Palabra por medio de la Ley, los profetas y los sabios, llamando incesantemente a su pueblo al arrepentimiento y a la fidelidad (Dt 30:11-14; Jer 7:25). En Cristo, el Verbo eterno encarnado, esta siembra alcanza su plenitud, pues el sembrador no solo proclama la Palabra, sino que Él mismo es la Palabra viva que se ofrece al mundo (Jn 1:14). La parábola deja claro que la eficacia de la siembra no depende del mérito previo del terreno, sino de la iniciativa soberana y misericordiosa del sembrador. De este modo, la Iglesia aprende que su esperanza no descansa en la calidad de su respuesta inicial, sino en la fidelidad de Dios que habla, llama y persevera en su obra, preparando los corazones para que, a su tiempo, den fruto abundante para la gloria de su Nombre.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que es Dios quien toma siempre la iniciativa al hablarme por su Palabra?
¿Valoro cuando Dios toma esa iniciativa mostrándome su misericordia y buena voluntad?

Aplicación práctica:

Recibir la proclamación bíblica no como un acto rutinario, sino como un don gratuito de Dios que sigue saliendo a sembrar vida en mi historia.

2. Los obstáculos interiores a la Palabra (Lc 8:8b–14). “y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga. ⁹Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? ¹⁰Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¹¹Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. ¹²Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. ¹³Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. ¹⁴La que cayó entre espinos, estos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto”

Después de proclamar la fecundidad sorprendente de la semilla que cae en buena tierra, el Señor eleva su voz con una solemne exhortación: **“El que tiene oídos**

para oír, oiga”. Con esta llamada, Jesús sitúa la parábola en el ámbito de la responsabilidad espiritual y del discernimiento interior. La Palabra de Dios es viva, eficaz y poderosa para dar fruto abundante; sin embargo, su aparente fracaso no se debe a defecto alguno en la semilla, sino a la condición del corazón humano que la recibe. Esta enseñanza se enraíza profundamente en la tradición del Antiguo Testamento, donde el Señor amonesta repetidamente a su pueblo por la dureza de corazón que impide escuchar y obedecer (Jer 4:3; Is 6:9–10). La explicación de Jesús revela que el verdadero campo de batalla del Reino no es exterior, sino interior, **es el corazón el que puede cerrarse, superficializarse o dividirse, imposibilitando así la obra vivificante de la Palabra.** En el marco ante-cuaresmal, la Iglesia es invitada a reconocer estos obstáculos no con desesperanza, sino con sobriedad penitente, sabiendo que solo Dios puede renovar el corazón para que su Palabra dé fruto perseverante.

El testimonio bíblico enseña con sobria claridad que el acto de oír la Palabra de Dios no es en sí mismo garantía de bendición, pues la misma Palabra que vivifica al corazón obediente se convierte en juicio para aquel que la recibe sin fe ni obediencia. En el Antiguo Testamento, el Señor advierte que su voz, despreciada o endurecida, da testimonio contra su pueblo (Dt 30:15–19), y los profetas anuncian que la Palabra rechazada agrava la culpa en lugar de aliviarla (Is 6:9–10). Nuestro Señor retoma esta verdad al declarar que a quien oye y no guarda se le quitará aun lo que cree tener (Lc 8:18), y los apóstoles confirman que el Evangelio es **“olor de vida para vida”** u **“olor de muerte para muerte”** (2 Co 2:16). Escuchar sin atesorar en el corazón, sin conversión ni perseverancia, endurece el alma y hace a la Palabra testigo de condenación, pues revela la voluntad de Dios que ha sido conocida y despreciada. Por ello, en el tiempo ante-cuaresmal, la Iglesia es llamada no solo a oír, sino a recibir la Palabra con temor reverente, guardándola en un corazón humilde y obediente, para que sea instrumento de gracia y no ocasión de juicio.

2.1. El corazón endurecido

El camino pisoteado simboliza el corazón endurecido por la indiferencia y la resistencia espiritual. En él, la Palabra es oída externamente, pero no acogida interiormente; antes de que pueda penetrar, el enemigo la arrebató, impidiendo que produzca fe y salvación. Esta imagen evoca la obstinación de Israel en el desierto, descrita como **“pueblo de dura cerviz”** (Ex 32:9), incapaz de recibir con obediencia la voz del Señor aun después de haber sido testigo de sus obras poderosas. El endurecimiento del corazón no es una mera falta intelectual, sino una disposición moral y espiritual que rechaza la verdad para preservar la autosuficiencia. Ante esta realidad, la Iglesia ora con el salmista, **“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio”** (Sal 51:10), reconociendo que solo la gracia divina puede romper el suelo endurecido y hacerlo receptivo a la semilla de la vida eterna.

La expresión “viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven” (Lc 8:12) revela la dimensión espiritual del conflicto que rodea la proclamación del Evangelio. Nuestro Señor enseña que la resistencia a la Palabra no es únicamente psicológica o moral, sino también espiritual, el enemigo actúa activamente allí donde el corazón permanece endurecido, distraído o superficial. En continuidad con el Antiguo Testamento, donde Satanás aparece como el acusador y adversario que busca apartar al ser humano de la confianza en Dios (cf. Job 1–2; Zac 3:1), Jesús muestra que el diablo arrebató la Palabra antes de que se arraigue, impidiendo que despierte la fe salvadora. No crea incredulidad desde la nada, sino que se aprovecha de un corazón no dispuesto, semejante al camino pisoteado, para impedir que la semilla penetre. Así, la Palabra oída superficialmente es rápidamente sustituida por la distracción, la incredulidad o el olvido, frustrando su fin salvífico. Esta advertencia subraya la gravedad del acto de escuchar, oír sin atención reverente y sin apertura a la conversión expone al alma a perder incluso la oportunidad de creer, recordando a la Iglesia que la salvación no consiste solo en oír el mensaje, sino en recibirlo con fe viva y obediente, protegida por la vigilancia espiritual y la gracia de Dios.

Pregunta escudriñadora:

¿Escucho la Palabra con reverencia o permito que la rutina la vuelva inofensiva?

Aplicación práctica:

Pedir a Dios un corazón atento, que escuche con fe y temor santo.

2.2. El corazón superficial

El terreno pedregoso simboliza al corazón que acoge la Palabra con entusiasmo inmediato, pero sin hondura ni firmeza interior. La alegría inicial no llega a convertirse en arraigo, y ante la irrupción de la prueba la fe se marchita con rapidez. Esta dinámica es conocida en la historia de Israel, que en el Sinaí prometió obediencia con fervor (Ex 19:8), pero desfalleció cuando el camino se volvió arduo (Nm 14:1–4). **La superficialidad espiritual confunde la emoción pasajera con la fe auténtica y olvida que la Palabra solo da fruto cuando echa raíces mediante la paciencia, la disciplina y una confianza perseverante en Dios.** En el tiempo ante-cuaresmal, esta advertencia exhorta a la Iglesia a cultivar una fe probada, sabiendo que la constancia en la adversidad es signo de la obra genuina del Espíritu en el corazón.

La expresión “**y en el tiempo de la prueba se apartan**” (Lc 8:13) señala el momento decisivo en el que la fe es confrontada por el sufrimiento, la oposición o la desilusión, y queda al descubierto su verdadera consistencia. Nuestro Señor enseña explícitamente que la prueba no es una eventualidad excepcional, sino una realidad inherente al seguimiento, **allí donde la Palabra es recibida, de una u otra forma llegará también la prueba.** Esta no produce la infidelidad, sino que

la manifiesta; cuando el consuelo inmediato desaparece, el corazón revela si ha aprendido o no a permanecer. El Nuevo Testamento ofrece ejemplos elocuentes de esta dinámica, muchos discípulos, al escuchar la palabra exigente de Jesús, **“volvieron atrás y ya no andaban con Él”** (Jn 6:66); Demas, seducido por el amor al mundo presente, abandonó la obra apostólica en el momento de la dificultad (2 Tim 4:10); incluso Pedro, lleno de fervor inicial, negó al Señor cuando la prueba se hizo concreta y amenazante (Mt 26:69–75). En todos estos casos, la Palabra recibida con cercanía se vuelve demandante, y aquello que no ha sido arraigado mediante la obediencia perseverante y la confianza sostenida en la gracia cede bajo la presión. El apartarse, por tanto, no es un tropiezo pasajero, **sino un retroceso interior que rehúsa la cruz cuando el seguimiento deja de ser cómodo**. En el marco ante-cuaresmal, esta advertencia llama a la Iglesia a examinar si su fe está preparada para atravesar la prueba, sabiendo que solo aquella que permanece en Dios cuando cesa el alivio sensible ha sido verdaderamente sembrada en profundidad.

Pregunta escudriñadora:

¿Permanezco firme en la Palabra cuando la providencia me conduce a la prueba?

Aplicación práctica:

Alimentar una fe enraizada en la doctrina, la oración y la perseverancia.

2.3. El corazón dividido

Los espinos simbolizan al corazón dividido entre Dios y los ídolos del presente siglo. Las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida crecen junto a la Palabra hasta ahogarla, impidiendo que dé fruto maduro. Esta imagen retoma la constante denuncia profética contra la idolatría interior, cuando el pueblo coloca sus afectos y seguridades en aquello que no puede salvar (Ez 14:3; Os 13:6). El problema no es la existencia de responsabilidades o bienes en sí mismos, sino su capacidad para ocupar el lugar que pertenece solo a Dios. En esta advertencia resuena el llamado antiguo: **“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”** (Dt 6:5). La Iglesia, al aproximarse a la Cuaresma, es invitada a examinar con honestidad aquello que compite con la Palabra en su interior, aprendiendo a ordenar sus afectos para que la semilla del Reino pueda crecer libremente y producir fruto abundante para la gloria de Dios.

Nuestro Señor afirma solemnemente: **“son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto”** (Lc 8:14), así nos describe con precisión la asfixia progresiva de la Palabra en un corazón dividido. Los afanes cotidianos —las preocupaciones legítimas cuando se absolutizan— ocupan el espacio interior que corresponde a la confianza en Dios; las riquezas, cuando se convierten en fuente de seguridad, desplazan la esperanza del Reino; y los placeres de la vida,

cuando gobiernan los afectos, adormecen el deseo de las cosas eternas. Ninguno de estos elementos actúa de manera violenta o repentina, ahogan lentamente, como espinos que crecen junto a la semilla hasta sofocarla, impidiendo que la Palabra madure y dé fruto. Nuestro Señor no condena el trabajo, los bienes o el gozo legítimo, sino el desorden del corazón que permite que estas realidades ocupen el lugar de Dios (cf. Mt 6:24; 1 Jn 2:15–17). Frente a esta amenaza, la Iglesia es llamada, especialmente en el tiempo ante-cuaresmal, a un ejercicio consciente de discernimiento y desapego, **a ordenar sus afectos, a someter sus preocupaciones a la providencia divina, y a practicar una sobriedad espiritual que libere espacio interior para la Palabra**. Solo así el corazón deja de estar ahogado y se convierte en terreno dispuesto, donde la semilla puede crecer, perseverar y dar fruto para vida eterna.

Pregunta escudriñadora:

¿Qué preocupaciones compiten con la obediencia a la Palabra?

Aplicación práctica:

Practicar la renuncia interior, aprendiendo a ordenar los afectos conforme al Reino.

3. La buena tierra: fruto de la gracia perseverante (Lc 8:15). ¹⁵ Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia”.

La culminación de la parábola dirige la atención no a la habilidad del sembrador ni a la potencia de la semilla —ya abundantemente afirmadas— sino a la obra silenciosa y eficaz de Dios en el corazón que Él mismo ha dispuesto para recibir su Palabra. **La “buena tierra” no es presentada como una condición natural ni como un logro humano, sino como el resultado de una preparación previa que hace posible la fecundidad.** En continuidad con la esperanza veterotestamentaria, el Señor promete arrancar el corazón de piedra y conceder un corazón de carne, sensible a su voz y dispuesto a obedecer (Ez 36:26; Jer 31:33). Así, el fruto que finalmente aparece no es improvisado ni inmediato, sino el resultado de una gracia que transforma, sostiene y conduce a la perseverancia. En el tiempo ante-cuaresmal, esta imagen orienta a la Iglesia hacia una disposición interior marcada por la docilidad y la constancia, consciente de que solo la obra paciente de Dios puede hacerla verdaderamente fecunda.

3.1. Oír con un corazón bueno y recto

El “corazón bueno y recto” del que habla nuestro Señor no brota de la autosuficiencia moral ni de una disposición innata, sino de la obra regeneradora del Espíritu Santo que renueva al ser humano desde lo más profundo. Este lenguaje evoca la promesa de Dios de escribir su ley en el interior de su pueblo, no sobre tablas externas, sino en el corazón mismo (Jer 31:33), capacitando al creyente para oír y retener la

Palabra con fidelidad. En el Nuevo Testamento, esta realidad se expresa en el nuevo nacimiento del que Jesús habla a Nicodemo (Jn 3:3–6), por el cual el corazón es vivificado para responder a Dios. Oír con un corazón bueno y recto implica, por tanto, una escucha obediente y reverente, que no solo recibe la Palabra, sino que la guarda como un tesoro y la somete a la perseverancia. Tal corazón, formado por la gracia, no busca frutos inmediatos ni visibles, sino que permanece bajo la Palabra, confiando en que el mismo Dios que la sembró la hará crecer hasta el tiempo de la cosecha.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que incluso mi obediencia es fruto de la gracia?

Aplicación práctica:

Vivir la disciplina cuaresmal como respuesta agradecida, no como mérito.

3.2. Perseverar y dar fruto con paciencia

La perseverancia constituye el signo inequívoco del fruto verdadero, pues la Palabra de Dios no se acredita por el fervor inicial, sino por la constancia silenciosa que resiste el paso del tiempo y las pruebas del camino. Tal como el justo del Salmo es comparado con **“árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo”** (Sal 1:3), así también el creyente fecundo es aquel que permanece firmemente arraigado en Dios. El Nuevo Testamento ofrece ejemplos destacados de esta perseverancia, san Pablo, quien “habiendo acabado la carrera” pudo confesar que había guardado la fe a pesar de tribulaciones, prisiones y abandonos (2 Tim 4:7–8); san Esteban, cuyo testimonio fiel dio fruto aun en medio del martirio, sembrando la semilla que más tarde florecería en la conversión de Saulo (Hch 7:54–60); y la Iglesia primitiva, que “perseveraba en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch 2:42), dando fruto abundante en medio de la persecución. **Esta paciencia no es mera resignación pasiva, sino participación en la fidelidad misma de Dios, que obra con constancia y misericordia hasta llevar su obra a cumplimiento.** En el tiempo ante-cuaresmal, la Iglesia es llamada a abrazar esta perseverancia como fruto de la gracia, confiando en que solo quien permanece bajo la Palabra, con paciencia y obediencia, dará fruto para vida eterna.

Pregunta escudriñadora:

¿Estoy dispuesto a caminar largo tiempo bajo la Palabra, aun sin resultados inmediatos?

Aplicación práctica:

Comprometerse con una vida constante de oración, estudio y reflexión diligente en la Escritura y participación piadosa en los sacramentos.

Conclusión:

En la Dominica de Sexagésima, la Iglesia es detenida con deliberada misericordia para escuchar, examinar y discernir antes de adentrarse en el camino penitencial de la Cuaresma. El Señor, mediante la parábola del sembrador, nos confronta con una verdad decisiva y pastoralmente necesaria, la Palabra de Dios es abundante, viva y eficaz, sembrada con generosidad divina en medio de la historia humana; sin embargo, su fecundidad no es automática ni mecánica, sino que requiere un corazón preparado, guardado y sostenido por la gracia. El fracaso o el fruto de la semilla no dependen de su poder, sino de la disposición interior que solo Dios puede obrar, purificar y mantener en perseverancia.

A lo largo del sermón, hemos sido conducidos a reconocer los diversos obstáculos que se levantan contra la Palabra, el endurecimiento que impide comprender, la superficialidad que cede en la prueba, y la división interior que permite que los afanes, las riquezas y los placeres ahoguen la vida espiritual. Frente a estas realidades, el Evangelio no pronuncia una condena desesperanzada, sino una advertencia santa y una promesa consoladora. El mismo Dios que siembra con liberalidad es quien prepara la buena tierra, quien sostiene al creyente en el tiempo de la prueba y quien concede el fruto con paciencia, conforme a su fidelidad inquebrantable. Así, la perseverancia no se presenta como un logro humano, sino como el fruto visible de una gracia que actúa silenciosa y constantemente en los corazones rendidos.

De este modo, al aproximarnos al misterio de la cruz, la Iglesia aprende que la conversión auténtica comienza en la escucha obediente y humilde; que la constancia en la fe no nace de la fortaleza propia, sino de la dependencia continua del poder de Dios; y que el fruto verdadero es siempre obra del Señor en aquellos que retienen su Palabra con un corazón bueno y recto. Preparada por esta enseñanza, la Iglesia entra en la Cuaresma no confiando en sí misma, sino apoyada enteramente en la Palabra viva que, sembrada con misericordia y sostenida por la gracia, conduce infaliblemente a la vida, a la cruz y, finalmente, a la gloria de la Resurrección.

Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo, como era en un principio, es ahora y por los siglos de los siglos,

Amén.

**Domínica de Quincuagésima o
Domínica inmediata a la Cuaresma.**



Jesús da vista a un ciego.

"Viendo con los ojos del amor para seguir a Cristo hacia la cruz"
Devoción para la Domínica de Quincuagésima o Domínica inmediata a la
Cuaresma.
Estación Ante-Cuaresmal

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que conduces a tu Iglesia por los caminos de la gracia hasta la contemplación del misterio de la cruz, purifica nuestros corazones, ilumina nuestro entendimiento y ordena nuestros afectos, para que, sostenidos por tu Espíritu, podamos ver, amar y seguir a tu Hijo con fe verdadera; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Colecta del día:

OH Señor, que nos has enseñado que todas nuestras obras sin caridad son de ningún valor; de tal modo que los que viven sin ella están muertos para ti; Auxílianos con tu Espíritu Santo, y derrama en nuestros corazones el don excelentísimo de la caridad, que es el verdadero vínculo de la paz y de todas las virtudes. Haz esto por amor de tu Hijo único Jesucristo. Amén.

Meditación

En la Domínica de Quincuagésima, la Iglesia se halla en el umbral inmediato de la Cuaresma, y el tono litúrgico adquiere una gravedad luminosa que no oprime, sino que dispone el corazón a la verdad. La Colecta confiesa con claridad evangélica que ninguna obra humana, por más devota o esforzada que parezca, posee valor alguno si está privada de caridad; pues, como enseña el apóstol san Juan, "Dios es amor" (1 Jn 4:8), y toda obra que no participa de su naturaleza carece de vida ante Él. Esta confesión hunde sus raíces en la revelación veterotestamentaria, donde el Señor rechaza sacrificios vacíos y actos culturales desprovistos de misericordia, exigiendo un corazón transformado y conforme a su amor fiel (Os 6:6; Is 1:11–17). No se trata, por tanto, de una negación de la obediencia, sino de su purificación más profunda, **el hombre no ama para ser aceptado por Dios, sino que ama porque ha sido amado primero (1 Jn 4:19)**. Solo este amor recibido como don, y no producido por esfuerzo propio, vivifica las obras, las ordena rectamente y las hace agradables a Dios, pues nacen de la comunión con aquel que es, en sí mismo, amor eterno.

Esta verdad alcanza su desarrollo más pleno y penetrante en la Epístola (1 Co 13:1–13), donde el apóstol san Pablo proclama que la caridad no es una virtud entre otras, sino la forma interior y el alma vivificante de toda la existencia cristiana. El amor que describe no se reduce al afecto ni a la benevolencia natural, sino que manifiesta el carácter mismo de la vida renovada por Dios, es paciente y benigno, porque participa

de la longanimidad divina revelada a lo largo de la historia de la salvación; no es envidioso ni jactancioso, pues no busca afirmarse a sí mismo, sino glorificar a Dios y edificar al prójimo; no se envanece ni se comporta con aspereza, porque ha sido despojado del orgullo que nace del amor propio desordenado. Este amor no busca lo suyo, no se irrita ni guarda rencor, reflejando así la misericordia constante del Señor que perdona y restaura. Asimismo, la caridad se goza con la verdad y no con la injusticia, porque está inseparablemente unida a la fidelidad de Dios, quien es justo y veraz. Finalmente, san Pablo afirma que este amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta, señalando que la caridad persevera allí donde los dones cesan y el conocimiento es parcial. De este modo, el apóstol enseña a la Iglesia, en vísperas del camino cuaresmal, que solo la caridad permanece para siempre y **que toda práctica religiosa, disciplina espiritual o sacrificio penitencial halla su autenticidad y su fin último únicamente cuando nace y es sostenida por este amor que procede de Dios y conduce nuevamente a Él.**

El Evangelio (Lc 18:31–43) conduce esta enseñanza al corazón mismo del misterio de Cristo y le otorga su plena densidad espiritual. Nuestro Señor anuncia por tercera vez su pasión, muerte y resurrección, revelando con claridad el camino de la salvación; sin embargo, los discípulos no comprenden, no por falta de información, sino porque su entendimiento aún no ha sido transformado por el amor que acepta la cruz como expresión suprema de la voluntad del Padre. San Agustín explica esta ceguera espiritual al enseñar que *"el amor es el ojo del alma"* (*In Epist. Ioannis ad Parthos*, Tract. 5), **solo aquel que ama rectamente puede ver rectamente.** Esta enseñanza se ilumina de inmediato en la figura del ciego de Jericó, quien, consciente de su indigencia, clama por misericordia y recibe la vista. Mientras los discípulos caminan junto a Cristo sin comprender el misterio que se les anuncia, el mendigo, movido por un amor humilde y confiado, reconoce en Jesús al Hijo de David y es iluminado. Aquí confluyen la Colecta, la Epístola y el Evangelio en una única confesión, **sin la caridad infundida por el Espíritu Santo, todas las obras son estériles, el conocimiento permanece incompleto y la cercanía exterior a Cristo no se traduce en verdadera visión.** La Colecta suplica el don excelentísimo de la caridad como vínculo de vida y paz; la Epístola proclama que sin amor todo es nada; y el Evangelio muestra que solo quien ama y espera misericordia recibe la luz que conduce al seguimiento auténtico. Así, en el umbral de la Cuaresma, la Iglesia aprende que la verdadera iluminación no procede del esfuerzo intelectual ni de la práctica religiosa aislada, sino del amor que Dios derrama en el corazón y que capacita al creyente para ver, abrazar y seguir a Cristo en el camino de la cruz.

Lectura orante de la Palabra:

Al contemplar 1 Corintios 13, la Iglesia es invitada a dejarse juzgar y sanar por la Palabra. La caridad descrita por el apóstol refleja el carácter mismo de Dios revelado en la historia de la salvación, paciente y misericordioso, lento para la ira y grande

en amor (Ex 34:6). Esta caridad no nace del esfuerzo humano, sino que es don del Espíritu, derramado en los corazones de los creyentes (Rom 5:5).

En el Evangelio, el clamor del ciego de Jericó —**“Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”**— se convierte en oración paradigmática de la Iglesia ante-cuaresmal. Quien ama, ve; y quien ve, sigue. El ciego sanado sigue a Jesús glorificando a Dios, anticipando el camino discipular que conduce a Jerusalén. Así, la Palabra no solo instruye, sino que transforma, sanando la ceguera interior y orientando el corazón hacia la cruz como expresión suprema del amor divino.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:**

¿Reconozco que mis obras, aun las más piadosas, carecen de valor si no brotan de la caridad que Dios derrama por su Espíritu?

2. **Desde la Epístola:**

¿De qué manera la descripción paulina de la caridad confronta mis actitudes, palabras y motivaciones más profundas?

3. **Desde el Evangelio:**

¿Me acerco a Cristo con la humildad del ciego que clama por misericordia, dispuesto a recibir la luz que conduce a la cruz?

Aplicaciones prácticas:

1. **Derivada de la Colecta:**

Pedir diariamente al Espíritu Santo que purifique nuestras obras, para que broten del amor y no del orgullo religioso.

2. **Derivada de la Epístola:**

Examinar nuestras prácticas espirituales —ayuno, oración, limosna— a la luz de la caridad, permitiendo que esta las ordene y vivifique.

3. **Derivada del Evangelio:**

Aprender a seguir a Cristo no solo cuando sana y consuela, sino también cuando anuncia el camino de la cruz.

Oración final:

Oh Dios de amor eterno, que en tu Hijo nos has mostrado la plenitud de la caridad, arranca de nosotros toda obra vacía y toda fe sin vida. Ilumina nuestra ceguera, para que, viendo con los ojos del amor, sigamos a Cristo hacia Jerusalén, abrazando

la cruz como camino de vida. Concédenos entrar en la Cuaresma no confiados en nosotros mismos, sino sostenidos por tu Espíritu y transformados por el don excelentísimo de la caridad; por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

"Ver para seguir: del anuncio de la cruz a la luz de la misericordia"
Sermón para la Dominica de Quincuagésima o Dominica inmediata a la
Cuaresma.
Estación Ante-Cuaresmal

³¹ Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. ³² Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. ³³ Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. ³⁴ Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía. ³⁵ Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; ³⁶ y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. ³⁷ Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. ³⁸ Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! ³⁹ Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁰ Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, ⁴¹ diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. ⁴² Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. ⁴³ Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios" (Lc 18:31-43).

"Dos ciegos había en aquel camino: uno clamaba para ver con los ojos del cuerpo, los otros caminaban con los ojos del cuerpo abiertos, pero con el corazón cerrado", (San Agustín, Sermón 88, 5).

Introducción:

En la Dominica de Quincuagésima, la Iglesia se encuentra en el umbral inmediato de la Cuaresma, y la liturgia adopta un tono de profunda gravedad y santa solemnidad. El Señor mismo conduce a su pueblo hacia el corazón del Evangelio, anunciando con claridad y autoridad el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección, **no como un desenlace trágico e inesperado, sino como el cumplimiento necesario del designio eterno de Dios.** En el relato de san Lucas (18:31-43), este anuncio solemne no aparece aislado, sino unido de manera significativa a la curación del ciego de Jericó. Mientras los discípulos oyen el anuncio de la cruz sin comprenderlo, el ciego, consciente de su miseria, clama por misericordia y recibe la vista. Así, el Evangelio revela que solo quien es iluminado por la gracia puede reconocer en la cruz el camino de la gloria. El anuncio de la Pasión exige un corazón abierto y transformado, y la curación del ciego manifiesta que la verdadera comprensión del camino de Cristo no nace del conocimiento exterior, sino de la fe humilde que suplica ver. **Ambas escenas, unidas, proclaman que sin la misericordia que abre los ojos del alma, el misterio de la cruz permanece oculto, aun para quienes caminan físicamente junto al Señor.**

En el marco ante-cuaresmal, este pasaje exhorta a la Iglesia a reconocer con humildad que no basta caminar exteriormente con Jesús, oír su predicación ni ser testigo de sus obras, si el corazón permanece velado. Los discípulos mismos, aun habiendo visto las señales mesiánicas, escuchado la proclamación del Reino y contemplado el poder salvador de Cristo, no lograban comprender el anuncio de la Pasión, porque su mirada estaba condicionada por expectativas terrenas, **anhelaban un Mesías triunfante, guerrero y político, capaz de imponer el Reino por la fuerza y no por la entrega.** Por ello, el misterio pascual permanecía oculto a sus ojos. El Evangelio enseña así que se requieren ojos nuevos, ojos espirituales abiertos por la fe, capaces de discernir en la cruz no un fracaso ni un escándalo, sino la revelación suprema del amor redentor de Dios. Solo cuando la gracia sana la ceguera interior, el creyente puede transitar verdaderamente del gozo inicial al camino de la renuncia, comprendiendo que la gloria de Cristo se manifiesta en la obediencia sufriente y que la vida nueva brota precisamente allí donde el mundo solo ve pérdida.

1. El anuncio de la cruz: el camino incomprendido (Lc 18:31–34).

³¹ Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. ³² Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. ³³ Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. ³⁴ Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía”.

En el umbral inmediato de la Cuaresma, el Evangelio conduce a la Iglesia al corazón del misterio redentor mediante un anuncio que es, a la vez, solemne y desconcertante. Jesús, consciente de que se aproxima la hora decisiva de su misión, toma aparte a los Doce y les revela con claridad el camino que se abre ante Él, **Jerusalén, la ciudad de las promesas y de los profetas, será también el lugar del rechazo, del sufrimiento y de la muerte, pero no el final de la historia.** Este anuncio no es simplemente una predicción, sino una interpretación teológica de los acontecimientos a la luz de las Escrituras. En él se entrelazan el designio eterno de Dios y la respuesta humana, la fidelidad divina y la incompreensión del corazón del hombre. Así, san Lucas presenta el drama que atraviesa todo el Evangelio, **el Hijo del Hombre avanza con obediencia hacia la cruz, mientras quienes lo siguen aún no pueden discernir el sentido de ese camino.**

1.1. La necesidad divina de la Pasión

Jesús declara que todo cuanto está escrito por los profetas acerca del Hijo del Hombre está a punto de cumplirse. Con esta afirmación, sitúa su Pasión en el centro del plan salvífico de Dios, revelando que no se trata de un accidente histórico ni de una derrota imprevista, sino de la realización necesaria del designio divino anunciado desde antiguo. La Ley, los Profetas y los Salmos habían dado testimonio de un

Mesías que debía padecer antes de entrar en su gloria, **el Siervo sufriente que carga con las iniquidades de muchos (Is 53), el justo afligido que clama desde el abandono (Sal 22), y el Hijo del Hombre que recibe el Reino a través de la humillación (Dn 7:13–14, a la luz del sufrimiento previo)**. En el Nuevo Testamento, Jesús asume conscientemente estas figuras y las unifica en su propia persona. Él se entrega libremente en manos de los gentiles, acepta el escarnio, la afrenta y la muerte, porque sabe que, por este camino, Dios reconcilia al mundo consigo mismo. La resurrección anunciada al tercer día confirma que la cruz no es el fin, sino el paso necesario hacia la vida, y que la obediencia del Hijo cumple plenamente la voluntad del Padre para la salvación de la humanidad.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco la cruz de Cristo como el cumplimiento del amor de Dios o la percibo aún como un obstáculo para mi fe?

Aplicación práctica:

Antes de iniciar la Cuaresma, la Iglesia es llamada a contemplar la cruz no como una interrupción del camino cristiano, sino como su centro, disponiendo el corazón para acoger el misterio del sufrimiento redentor.

1.2. La incompreensión de los discípulos

A pesar de la claridad del anuncio, san Lucas afirma con sobriedad que los discípulos no comprendieron nada de estas cosas; la palabra les estaba encubierta y no entendían lo que se les decía. Esta incompreensión no es fruto de una falta de información, sino de una ceguera interior. **Aunque caminan con Jesús, escuchan su enseñanza y han sido testigos de sus obras poderosas, su entendimiento permanece condicionado por expectativas de gloria inmediata y triunfo visible.** Esperan un Mesías que confirme sus anhelos humanos, no uno que se entregue al sufrimiento y a la muerte. Esta resistencia del corazón recuerda la tensión presente ya en el Antiguo Testamento, donde las promesas de victoria y restauración a menudo eclipsaban los anuncios del Siervo humillado. En el Nuevo Testamento, esta ceguera se manifiesta como incapacidad de aceptar que el Reino de Dios se inaugura por medio de la cruz. Así, la incompreensión de los discípulos se convierte en espejo de la condición humana, **sin la iluminación de la gracia, el misterio de un Mesías crucificado permanece velado.** Solo después de la Pascua, cuando el Resucitado abra su entendimiento para comprender las Escrituras (cf. Lc 24:45), podrán reconocer que el camino de la humillación era, desde el principio, el camino de la gloria.

Pregunta escudriñadora:

¿Hasta qué punto mis expectativas sobre Dios me impiden aceptar el camino humilde de Cristo?

Aplicación práctica:

El tiempo ante-cuaresmal exhorta a examinar las falsas imágenes de éxito espiritual y a pedir la gracia de un entendimiento renovado, capaz de abrazar la cruz como camino de vida.

2. El clamor del ciego: la fe que reconoce su necesidad (Lc 18:35–39).

³⁵ Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; ³⁶ y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. ³⁷ Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. ³⁸ Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! ³⁹ Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!”

Después del anuncio solemne de la Pasión y de la incompreensión de los discípulos, san Lucas introduce deliberadamente la escena del ciego de Jericó como un contraste teológico y espiritual. Mientras aquellos que caminan con Jesús no logran comprender el sentido del camino hacia la cruz, un hombre marginado, privado de la vista y excluido de la vida social, manifiesta una comprensión más profunda del misterio de Cristo. Este pasaje revela que el acceso verdadero al Señor no depende de la cercanía exterior ni del conocimiento intelectual, sino de una fe humilde que reconoce su necesidad y se atreve a clamar por misericordia. En la tradición bíblica, Jericó —ciudad situada en el umbral de la tierra prometida— se convierte aquí en lugar de paso y revelación, **allí, antes de subir a Jerusalén, Jesús se deja encontrar por la fe que brota desde la pobreza y la dependencia absoluta de Dios.**

2.1. La ceguera que ve con el corazón

El ciego, sentado junto al camino y reducido a la mendicidad, encarna la condición de quienes, a los ojos del mundo, carecen de valor y voz. Sin embargo, al oír que Jesús pasa, reconoce en Él al **“Hijo de David”**, título mesiánico cargado de esperanza y profundamente enraizado en las promesas del Antiguo Testamento (2 S 7:12–16; Is 11:1). Aunque no ve con los ojos del cuerpo, discierne con el corazón lo que muchos videntes no alcanzan a comprender. Su clamor no nace de la curiosidad, sino de la fe, **una fe que confía en la misericordia del Mesías prometido.** Este grito recuerda la oración de los pobres y afligidos que atraviesa los Salmos, donde el necesitado clama al Señor con la certeza de ser oído (Sal 34:6; Sal 130:1–2). En el Nuevo Testamento, esta actitud anticipa la bienaventuranza de los pobres de espíritu (Mt 5:3) y revela que la verdadera visión comienza cuando el corazón reconoce su indigencia delante de Dios. Así, la ceguera física del mendigo se transforma en un espacio de revelación, **donde la fe ve más lejos que la razón y la esperanza se atreve a invocar la misericordia divina.**

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco mi propia ceguera espiritual y clamo al Señor con humildad?

Aplicación práctica:

La Iglesia es llamada a cultivar una oración insistente y confiada, que no se deja silenciar por la autosuficiencia ni por el temor al juicio de los demás.

2.2. La resistencia de la multitud

La reacción de la multitud introduce una nota de tensión espiritual. Aquellos que rodean a Jesús, que caminan con Él y participan del movimiento que lo acompaña, intentan silenciar el clamor del ciego. Esta actitud pone de manifiesto cómo la cercanía exterior a Cristo puede coexistir con una dureza interior que se convierte en obstáculo para otros. En la historia bíblica, no es extraño que quienes se consideran cercanos a Dios desprecien el clamor del pobre y del afligido, olvidando que el Señor escucha el grito del necesitado (Pr 21:13; Is 58:6–7). **Frente a esta oposición, el mendigo no retrocede, sino que clama con mayor insistencia.** Su perseverancia recuerda a los justos del Antiguo Testamento que, en medio de la adversidad, se aferran al Señor sin dejarse vencer por la presión exterior. En el horizonte del Nuevo Testamento, esta fe perseverante anticipa la enseñanza de Jesús sobre la oración insistente (Lc 11:5–10; 18:1–8). El clamor que no se apaga revela una confianza que no depende de la aprobación humana, sino de la certeza de que la misericordia de Dios es más fuerte que cualquier rechazo. Así, el ciego de Jericó se convierte en testigo de una fe que no se deja sofocar, y su ejemplo interpela a la Iglesia a examinar si su cercanía a Cristo abre caminos de misericordia o, por el contrario, levanta barreras que silencian el clamor de quienes buscan la gracia.

Pregunta escudriñadora:

¿Soy instrumento que acerca a otros a Cristo o me convierto, consciente o inconscientemente, en impedimento?

Aplicación práctica:

Antes de la Cuaresma, la Iglesia es exhortada a examinar su testimonio, para que sus palabras y acciones conduzcan a otros al Señor y no los aparten de su misericordia.

3. La sanación y el seguimiento: ver para caminar tras Cristo (Lc 18:40–43). ⁴⁰ Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, ⁴¹ diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. ⁴² Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. ⁴³ Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios”.

El relato culmina con una escena de profunda densidad teológica y espiritual. Después del anuncio de la cruz y del clamor perseverante del ciego, san Lucas muestra el fruto de la fe cuando esta es acogida por la misericordia divina. La

sanación no aparece como un gesto aislado de compasión, sino como una revelación del modo en que Dios restaura al ser humano para incorporarlo a su camino redentor. En continuidad con toda la historia bíblica, ver no es simplemente recuperar una función física, **sino recibir la capacidad de orientarse correctamente ante Dios**. Así como en el Antiguo Testamento la luz es signo de vida, verdad y salvación (Sal 27:1; Is 9:2), en este pasaje la iluminación recibida **conduce necesariamente al seguimiento de Cristo, precisamente cuando Él avanza hacia Jerusalén, lugar del cumplimiento pascual**.

3.1. La misericordia que ilumina

Jesús se detiene. Este gesto, sencillo en apariencia, revela la profundidad y grandeza de la misericordia divina, **el Hijo de Dios, en camino hacia su Pasión, interrumpe su marcha para escuchar el clamor del necesitado**. Como el Señor que en el Antiguo Testamento oye el clamor de su pueblo afligido (Ex 3:7), Cristo se muestra atento a la súplica personal y concreta. La pregunta —“¿Qué quieres que te haga?”— no es ignorancia, sino invitación a una confesión de fe explícita. El ciego responde con una petición esencial, “Señor, que reciba la vista”. Esta súplica recoge el anhelo profundo del pueblo de Dios, expresado por los profetas, de ser liberado de la ceguera espiritual (Is 35:5; Is 42:6–7). La respuesta de Jesús es una palabra creadora y eficaz, **“Recíbela, tu fe te ha salvado”**. Aquí la sanación física se entrelaza inseparablemente con la salvación integral del hombre. La fe no es un mérito humano, sino el medio por el cual la misericordia de Dios actúa y restaura. En el horizonte del Nuevo Testamento, esta iluminación anticipa la enseñanza apostólica según la cual Dios **“resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”** (2 Co 4:6). Ver, en este sentido, es ser recreado por la gracia.

Pregunta escudriñadora:

¿Qué le pido verdaderamente al Señor cuando me acerco a Él?

Aplicación práctica:

La Iglesia aprende que la oración auténtica nace del reconocimiento humilde de la necesidad y se abre a la acción sanadora de Dios.

3.2. El fruto de la visión: glorificar y seguir

La sanación produce un fruto inmediato y visible, **el ciego, ahora vidente, sigue a Jesús glorificando a Dios**. Este detalle es decisivo, pues muestra que la verdadera fe no termina en el beneficio recibido, sino que se expresa en una vida transformada. En la Escritura, la alabanza es siempre la respuesta adecuada a la acción salvadora de Dios (Sal 103:1–5), y aquí se convierte en testimonio público que conduce a otros a glorificar al Señor. El seguimiento, por su parte, no es genérico ni cómodo, **implica caminar tras Cristo en el momento en que Él se dirige a Jerusalén, hacia la cruz**. De este modo, san Lucas enseña que la auténtica

iluminación no separa la fe del discipulado, ni la gracia de la obediencia. En continuidad con el Antiguo Testamento, donde la luz divina guía al pueblo por el camino del pacto (Sal 119:105), el Nuevo Testamento revela que ver verdaderamente a Cristo conduce a caminar tras Él, incluso cuando el sendero pasa por el sufrimiento. **Así, el antiguo mendigo se convierte en discípulo, y su historia proclama que la misericordia que abre los ojos es la misma que llama a seguir, a glorificar y a perseverar en el camino del Señor hasta el fin.**

Pregunta escudriñadora:

¿Mi encuentro con Cristo me conduce a un seguimiento concreto y perseverante?

Aplicación práctica:

En el umbral de la Cuaresma, la Iglesia es llamada a responder a la gracia recibida con una vida transformada, orientada al seguimiento fiel y a la glorificación de Dios.

Conclusión:

En la Domínica de Quincuagésima, la Iglesia es situada deliberadamente por el Señor en el umbral del misterio pascual, donde la luz y la cruz se presentan inseparablemente unidas. El Evangelio según san Lucas (18:31–43) revela que el camino hacia Jerusalén no puede ser comprendido ni recorrido sin una transformación profunda del corazón. Mientras Cristo anuncia con solemnidad el cumplimiento de las Escrituras —la entrega, el sufrimiento, la muerte y la resurrección del Hijo del Hombre (cf. Is 53; Sal 22; Os 6:2)—, los discípulos permanecen velados en su entendimiento. Esta incompreensión no nace de la falta de información, sino de una visión aún dominada por expectativas humanas de gloria inmediata. Así se manifiesta una verdad decisiva, **es posible caminar con Jesús, oír su Palabra y presenciar sus obras, y sin embargo no ver verdaderamente (cf. Is 6:9–10; Lc 24:25).**

Frente a esta ceguera interior, el relato del ciego de Jericó se erige como signo profético y espiritual. A diferencia de quienes ven exteriormente pero no comprenden, él reconoce su pobreza y clama por misericordia, confesando a Jesús como el Hijo de David prometido (cf. 2 S 7:12–16; Is 11:1). Su fe, nacida de la necesidad y sostenida por la perseverancia, atraviesa la resistencia de la multitud y alcanza el corazón del Salvador. Cuando Cristo se detiene y pronuncia la palabra que ilumina —“Tu fe te ha salvado”— **se cumple la promesa antigua de un Dios que abre los ojos de los ciegos y conduce a su pueblo en caminos de luz (Is 42:6–7; Sal 146:8).** La sanación recibida no es solo restitución de la vista corporal, sino participación en la vida nueva que brota de la gracia.

El fruto de esta iluminación es inmediato y elocuente, el hombre sanado sigue a Jesús glorificando a Dios, y su testimonio conduce a otros a la alabanza. Aquí el

Evangelio enseña que ver verdaderamente es inseparable de seguir fielmente. La luz que Cristo concede no conduce a la autosatisfacción, sino al discipulado; no aparta del camino de la cruz, sino que capacita para recorrerlo con fe obediente (cf. Sal 119:105; Jn 8:12). Así, en la antesala de la Cuaresma, **la Iglesia aprende que el arrepentimiento auténtico no comienza en la renuncia exterior, sino en la iluminación interior del corazón; que la conversión no nace del esfuerzo humano aislado, sino de la misericordia que abre los ojos; y que solo quien reconoce su ceguera puede recibir la visión que conduce a la vida.**

Por tanto, al aproximarnos al misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor, somos llamados a asumir la oración del ciego como propia, **clamar con humildad, perseverar en la fe y recibir la luz que sana rindiendo gloria y adoración al Salvador.** En este tránsito del gozo a la renuncia, la Iglesia es conducida a comprender que el camino pascual no se recorre con ojos carnales, sino con la mirada del corazón iluminada por la gracia (cf. Ef 1:18). Confiados en aquel que se detiene, escucha y salva, avanzamos hacia la Cuaresma sabiendo que el mismo Cristo que abre los ojos del alma es quien guía a los suyos, a través de la cruz, hacia la plenitud de la vida y de la gloria de Dios.

"Dos cegueras hay en el hombre: una en los ojos del cuerpo y otra en los ojos del corazón. Cristo vino a sanar ambas, para que, viendo con los ojos del cuerpo, aprendamos a desear ver con los ojos del alma". — **San Agustín de Hipona, Sermón 88, 5** (Sermo 88, 5).

"Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo, como era en un principio, es ahora y por los siglos de los siglos.

Amén".

Epílogo litúrgico y conclusión teológica

Del gozo a la renuncia: la Iglesia ante el misterio pascual

La estación ante-cuaresmal, recibida, discernida y custodiada con sabiduría por la tradición litúrgica de la Iglesia, no constituye un simple preámbulo temporal a la Cuaresma, sino un tiempo pedagógico y espiritual mediante el cual el pueblo de Dios es conducido gradualmente desde el gozo del llamado hacia la sobria renuncia del arrepentimiento, preparándose así para entrar con inteligencia espiritual y corazón dispuesto en la Cuaresma y, finalmente, en el misterio santo de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. En este tiempo, la Iglesia no acelera el paso hacia la cruz, sino que aprende a caminar con discernimiento, dejando atrás toda confianza en sí misma para apoyarse únicamente en la gracia que llama, sostiene y lleva a término la obra de salvación. Como enseña san Basilio Magno, Dios conduce a las almas **“no por la fuerza, sino educándolas gradualmente en la verdad, para que puedan recibir los misterios más altos”** (Homilia in Psalmos).

El recorrido iniciado en la Dominica de Septuagésima revela, ante todo, el carácter absolutamente gratuito y soberano del llamado divino. La parábola de los obreros de la viña manifiesta el doble movimiento del llamado de Dios: el llamado externo, proclamado con amplitud a lo largo del día, y el llamado interno, eficaz y transformador, por el cual el Señor atrae infaliblemente a los suyos en el tiempo determinado por su gracia. La identidad de la Iglesia no se funda, por tanto, en la duración, cantidad o intensidad de las obras realizadas, sino en la misericordia del Señor que sale incansablemente a convocar y que, al llamar, concede también la respuesta. Esta verdad dismantela toda lógica de mérito y dispone el corazón para la renuncia cuaresmal, pues solo quien ha reconocido que incluso su obediencia es fruto de la gracia puede desprenderse sin temor de toda pretensión espiritual. Como enseña san Juan Crisóstomo: **“Dios no mira cuánto se ha trabajado, sino con qué humildad se ha respondido al llamado”** (*Homiliae in Matthaeum*, LXIV), subrayando que la justicia del Reino no es retributiva en sentido humano, sino expresión de una bondad soberana que salva eficazmente.

Este primer aprendizaje conduce a la Iglesia a una actitud de humilde gratitud, pues se trabaja en la viña no para asegurar una recompensa futura ni para establecer derechos ante Dios, sino porque ya se ha recibido gratuitamente la vida, el llamado y la pertenencia al Reino. El trabajo nace de la gracia previa y no de la ambición espiritual, **se labra la viña por amor al Señor que llamó, por obediencia confiada a su voluntad y como respuesta agradecida a la misericordia que precede a toda obra**. Así, el gozo inicial del llamado es purificado de toda apropiación egoísta y transformado en un servicio fiel que no calcula méritos ni compara jornales. En esta purificación interior se gesta el espíritu penitencial que marcará la Cuaresma, pues el creyente aprende que la verdadera renuncia no consiste primariamente en abandonar realidades exteriores, sino en dejar de

reclamar ante Dios aquello que nunca le fue debido, reconociendo que incluso su trabajo es sostenido por la gracia que lo llamó y lo mantiene en la viña.

La Domínica de Sexagésima profundiza esta pedagogía espiritual al colocar a la Iglesia ante el misterio de la Palabra abundantemente sembrada. La parábola del sembrador no cuestiona la fuerza ni la fidelidad de la semilla —que es siempre viva y eficaz—, sino la disposición interior del corazón que la recibe. De este modo, **la Iglesia es convocada a un autoexamen serio, sobrio y orante, no para medir resultados visibles, sino para discernir la profundidad real de su escucha**. Este examen no se limita a constatar si la Palabra ha sido oída, sino si ha sido guardada, arraigada y perseverada en medio de la prueba. La tradición espiritual enseña que tal discernimiento debe realizarse a la luz de la Escritura, en actitud penitente, reconociendo las resistencias del corazón —la dureza, la superficialidad o la división interior— y suplicando la obra continua del Espíritu que prepara la buena tierra. Así, el tiempo ante-cuaresmal revela que la conversión auténtica no consiste en un impulso inicial ni en una emoción pasajera, sino en un proceso sostenido por la gracia, en el cual el creyente aprende a permanecer bajo la acción vivificante de Dios. Como enseña san Ireneo, **“el hombre, por sí mismo, no puede conservar lo que ha recibido si no permanece bajo la acción del Espíritu”** (*Adversus Haereses*, III, 24, 1), recordando que solo la perseverancia concedida por Dios hace fecunda la semilla sembrada.

En esta etapa del camino ante-cuaresmal, la Iglesia aprende a discernir que los mayores peligros para la fecundidad espiritual no proceden primordialmente de persecuciones externas, sino de disposiciones interiores no transformadas por la gracia, la dureza del corazón que impide que la Palabra penetre, la superficialidad que rehúsa la prueba y la división interior que permite que los afanes, las riquezas y los placeres de la vida ahoguen la semilla divina. El *Second Book of Homilies*, en la *Homily of the Reading of Scripture*, **insiste en que el oír la Palabra sin un corazón dispuesto no solo es estéril, sino espiritualmente peligroso, pues convierte el don de Dios en ocasión de juicio**. Por ello, la disciplina cuaresmal —ayuno, oración y limosna— no es presentada como un ejercicio meramente ascético ni como un mérito acumulativo, sino como un ministerio medicinal por el cual Dios mismo limpia, ablanda y ordena el corazón para que la Escritura sea verdaderamente recibida. Las Homilías recuerdan que la verdadera religión no consiste en la abundancia de lecturas ni en el deleite intelectual, sino en **“retener la Palabra con paciencia y obediencia”**, permitiendo que ella gobierne la vida, reforme los afectos y produzca fruto a su tiempo. Así, la Iglesia es preparada para entrar en la Cuaresma no como oyente distraída, sino como discípula dócil, consciente de que solo la Palabra acogida, guardada y perseverada conduce a la vida.

La Domínica de Quincuagésima conduce este itinerario espiritual a su culminación al colocar a la Iglesia, sin velos ni ambigüedades, ante el anuncio explícito de la cruz.

El Señor habla con claridad de su Pasión, de su entrega y de su resurrección, pero los discípulos no comprenden, no por falta de revelación, sino porque su entendimiento aún no ha sido iluminado por el amor que acepta la humillación del Mesías. Esta incompreensión encuentra un eco apostólico en la confesión final de san Pablo, quien declara que no quiere gloriarse “sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál 6:14), pues solo en ella el mundo queda crucificado para el creyente y el creyente para el mundo. La cruz no es simplemente un dato doctrinal, sino el criterio por el cual se ordenan los afectos, se despoja el orgullo religioso y se recibe la nueva creación obrada por la gracia (Gál 6:15). Inmediatamente después del anuncio de la Pasión, un ciego clama por misericordia y recibe la vista, manifestando que solo quien reconoce su indigencia espiritual puede ver verdaderamente. Así, el contraste es deliberado, **quienes caminan con Jesús permanecen ciegos por resistirse a la lógica de la cruz, mientras que quien nada posee sino su clamor es iluminado y se convierte en verdadero discípulo**. San Agustín expresa esta verdad con penetrante claridad al afirmar que “**el amor es el ojo del alma; sin amor, aun la luz presente permanece invisible**” (*In Epist. Ioannis ad Parthos*, Tractatus V). De este modo, la Iglesia es preparada para entrar en la Cuaresma aprendiendo que solo el amor crucificado —don del Espíritu— abre los ojos para comprender, abrazar y seguir a Cristo por el camino que conduce a la vida.

Aquí la Iglesia aprende que la comprensión verdadera del misterio pascual no brota de la agudeza de la inteligencia natural ni del rigor del esfuerzo moral, sino que es fruto del don de la caridad derramada en los corazones por el Espíritu Santo (cf. Ro 5:5). La Colecta de este día confiesa con sobria hondura que todas las obras, aun las más devotas en apariencia, carecen de valor si no están animadas por el amor, y así purifica de raíz toda tentación de convertir la Cuaresma en un ejercicio de autosuperación espiritual. De este modo, el tiempo penitencial se recibe no como una empresa centrada en el yo, sino como una respuesta amorosa, libre y agradecida al Cristo que camina voluntariamente hacia la cruz por nuestra salvación. El amor descrito por san Pablo —paciente, benigno, despojado de jactancia y de interés propio— se revela entonces como la única disposición capaz de sostener al creyente cuando el seguimiento deja de ser inteligible para la razón o consolador para el sentimiento. Solo este amor, conformado a la cruz, permite acompañar a Cristo no por obligación ni temor, sino por comunión con aquel que se entrega hasta el fin.

Consideradas en su conjunto, las tres Domínicas ante-cuaresmales no constituyen simples etapas cronológicas, sino una verdadera unidad teológica y espiritual cuidadosamente articulada por la sabiduría litúrgica de la Iglesia para disponer integralmente el corazón del creyente al misterio que se aproxima. En la Dominica de Septuagésima, la Iglesia es instruida a renunciar a toda pretensión de mérito, aprendiendo que su llamado, su trabajo y su esperanza descansan únicamente en la gracia soberana de Dios. En Sexagésima, es conducida a renunciar a la superficialidad, confrontando la seriedad de la escucha de la Palabra y reconociendo

que solo un corazón trabajado por la gracia puede perseverar y dar fruto. Finalmente, en Quincuagésima, es llamada a renunciar a la ceguera del amor propio, recibiendo ojos nuevos para contemplar la cruz no como escándalo, sino como revelación suprema del amor redentor. Esta triple renuncia no empobrece ni debilita la vida cristiana; por el contrario, la purifica y la libera, despejando el camino para una adhesión más profunda, consciente y amorosa al Cristo que se entrega por la vida del mundo. Como enseña san León Magno, **“nadie puede participar de la victoria de la Resurrección si antes no ha sido configurado con la humildad de la cruz”** (Sermo 59), recordándonos que la gloria pascual solo puede ser recibida por aquellos que han aprendido, paso a paso, a dejarse formar por el camino de la renuncia santa.

Así, cuando la Iglesia entra en la Cuaresma, no lo hace de manera improvisada ni movida por un impulso emocional pasajero, sino habiendo sido previamente instruida por la Palabra, corregida por la verdad y atraída por el amor misericordioso de Dios. La preparación del corazón resulta indispensable, **porque sin ella la disciplina penitencial corre el riesgo de degenerar en formalismo exterior, en rigor sin conversión o en una espiritualidad centrada en el yo.** Por ello, el discípulo es llamado a velar contra tentaciones sutiles pero reales, **la autosuficiencia que confía en prácticas externas, el desaliento que nace de una mirada excesiva a la propia fragilidad, y el orgullo espiritual que convierte la penitencia en motivo de comparación o mérito.** La penitencia cuaresmal auténtica no brota de la culpa estéril ni del temor servil, sino de la esperanza viva que nace del Evangelio; no busca la autosatisfacción espiritual, sino la comunión renovada con Cristo crucificado y resucitado. Así purificada, la ascesis cristiana se convierte en un camino de amor obediente, en el que ayuno, oración y limosna son respuestas agradecidas al Dios que primero amó. De este modo, la Pasión del Señor deja de aparecer como un escándalo incomprensible o una exigencia insoportable, y **se revela como la manifestación suprema del amor que llama, siembra, purifica y salva, preparando a la Iglesia para caminar con humildad hacia la luz de la Pascua.**

Así, este epílogo litúrgico tiene como propósito confirmar, con claridad doctrinal y cuidado pastoral, que el tiempo ante-cuaresmal no constituye un añadido accesorio ni una simple antesala cronológica, sino una preparación necesaria y orgánica para vivir con verdad el centro del año cristiano, **el misterio pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.** A lo largo de este itinerario, guiada por la autoridad de la Sagrada Escritura, iluminada por el testimonio concorde de los Padres de la Iglesia y sostenida por la sabiduría de la tradición anglicana, la Iglesia es conducida por una pedagogía espiritual que forma el corazón antes de exigir la disciplina. El propósito de este tiempo es enseñar al creyente a caminar desde el gozo inicial del llamado hasta la renuncia fecunda que brota de la gracia; desde una escucha superficial de la Palabra hasta la perseverancia paciente que atraviesa la prueba; y desde la ceguera interior del amor propio hasta la visión espiritual que

nace de la caridad infundida por el Espíritu Santo. Así dispuesta, la Iglesia puede acompañar conscientemente a su Señor en el camino hacia Jerusalén, permanecer con Él al pie de la cruz sin escandalizarse ni huir, y, finalmente, recibir con el corazón purificado y la fe afianzada la alegría sobria, firme y gloriosa de la Resurrección, no como una sorpresa inesperada, sino como el cumplimiento esperado de las promesas de Dios.

Amén.

DEL GOZO A LA RENUNCIA

*El camino ante-cuaresmal hacia el arrepentimiento
y la conversión*

Del gozo a la renuncia guía al lector en un itinerario espiritual que dispone el corazón para la Cuaresma. A través de meditaciones profundamente enraizadas en la Sagrada Escritura, la tradición patristica y la herencia anglicana reformada, esta obra invita a abandonar la complacencia y el orgullo para acoger, con humildad y fe, el llamado divino a la penitencia y a la conversión.

Este libro traza un recorrido que va desde la alegría inicial del llamado soberano de Dios hasta la sobriedad esperanzada que conduce a contemplar, con reverencia y amor, la Pasión, *Muerte y Resurrección* de nuestro Señor Jesucristo.

Lejos de proponer un moralismo estéril, ofrece una preparación espiritual que forma el corazón para vivir la Cuaresma como un tiempo de gracia, disciplina y renovación interior, sostenido enteramente por la misericordia de Dios.

« Fiel es el que os llama, el cual también lo hará. »

1 TESALONICENSES 5:24

